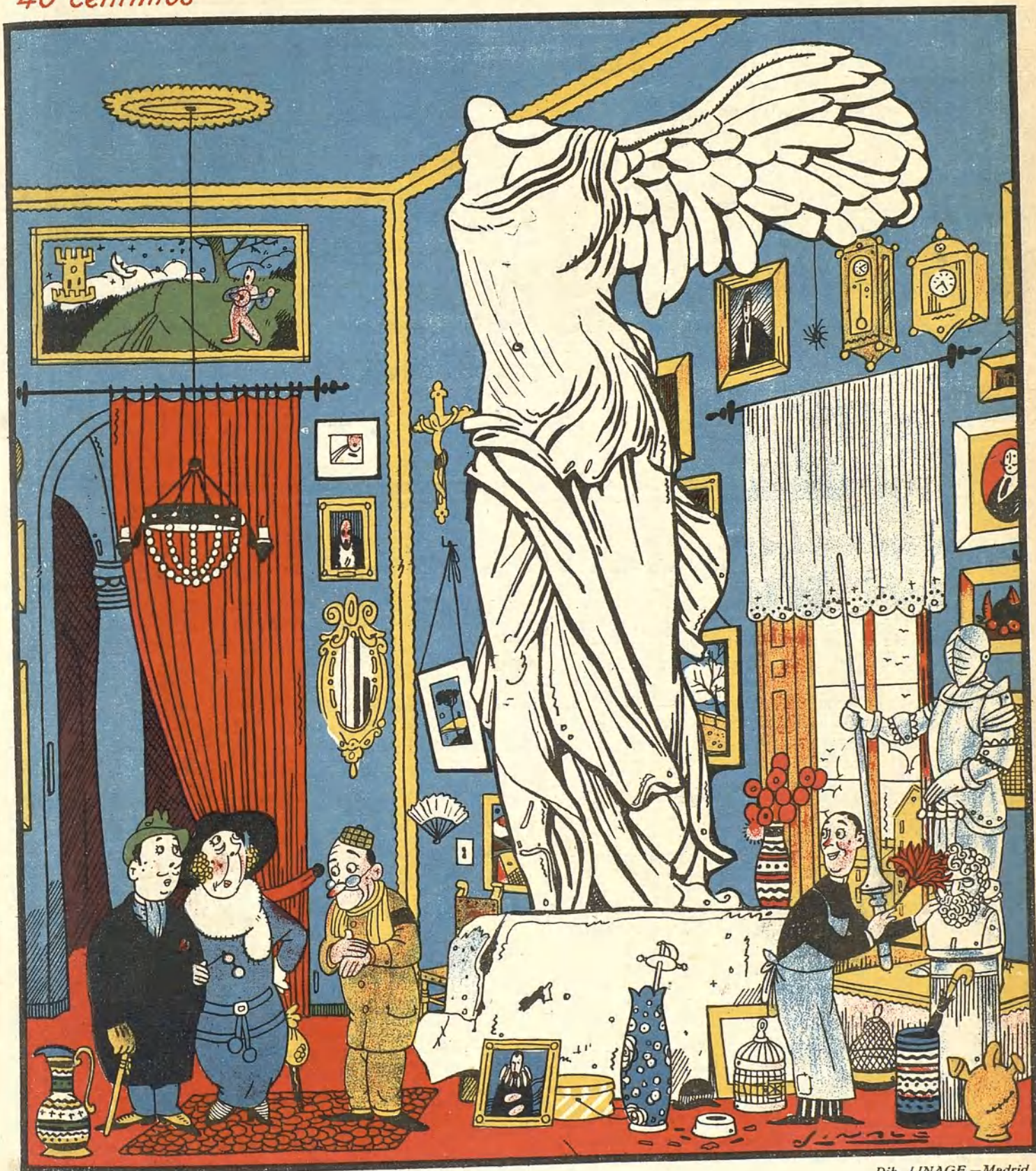


# BUEN HUMOR

40 Céntimos



Dib. LINAGE.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid  
—¿Mucho dinero en dos mil pesetas esta estatua? ¡Reparen ustedes en que no tiene nada de cara!



# CREMA RECONSTITUYENTE

# LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO  
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,  
CON PROPIEDADES MARA-  
VILLOSAMENTE CURATIVAS  
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

## EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— *¿En qué se parecen dos cosas que calientan, y en diferente sitio?*

— *En la pronunciación.*

— *Veamos.*

— *Estufa, calienta el cuerpo. Estufao, calienta el estómago.*

P. GARCÍA. — Santa Cruz de Mudela.

— *¿Cuál es el oficio más triste?*

— *El oficio... de difuntos.*

TITÍN. — Madrid.

LA DOMÉSTICA (que llega de la calle, a la señorita). — *Aquí tiene usted el café y el azúcar. Me ha dicho el tendero que ha recibido unas patatas halandesas muy buenas.*

LA SEÑORA (rectificando). — *¡Te habrán dicho hola!*

LA DOMÉSTICA. — *Sí, señora. Me lo dijeron cuando entré.*

FRANCISCO RODRÍGUEZ.

En el tren.

UN VIAJERO. — *Yo viajo en tercera porque no hay cuartos.*

OTRO. — *Y yo, porque no hay cuartos.*

LOS FRAÍCOS. — Valencia.

— *¿Quién inventó el coche de punto?*

— *Jesucristo, que para subir al Gólgota ya utilizó un Simón.*

BALDOMERITO.

Entre filólogos.

— *¿Es verdad que habla usted el inglés?*

— *Sí, señor; y no sólo lo hablo, sino que lo entiendo.*

EMILIANO CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

Reflexión de un borracho vulgar:

— *Ahora comprendo la razón que tiene mi parienta cuando dice que los chicos marean.*

Meditación de un beodo distinguido:

— *La verdad es que se hace el ridículo vestido de frac y con cuatro copas.*

Pensamiento de una mujer embriagada:

— *Me parece que estoy muy mona.*

Soliloquio de un alcohólico desaprensivo:

— *Como buen español, me hago el sueco cuando alguno me dice que, sin americana y con esta turca, hago el indio.*

ANSUADESA.

— *¿Cuál es el colmo de un mudo?*

— *Comprar La Voz por diez céntimos.*

LUIS REVERTE. — Madrid.

— *Si las cinco partes del mundo jugaran al escondite, ¿a cuál le correspondería quedarse?*

— *Al Asia, porque tiene la China.*

A. SEJO. — Madrid.



— ¿Qué hubiera dicho Napoleón al pedirle prestados cinco duros?

— ¡A Bona...-parte vienes!...

CASCARILLAS.

— ¿En qué se parece un gabán sin estrenar a la lotería del Niño?

— En que es p'año nuevo.

O. MORCHÓN. — Madrid.

— ¿En qué se parece un chiste a una corbata?

— En que el chiste es humorada, y la corbata es, u morada, o de otro color.

CARLITOS. — Santiago.

— ¿Cuál es el tranvía que si se le da un susto se queda en la mitad?

— ¿...?

— El del Hipódromo, porque si se le da un susto se le quita el hipo.

A. AÑUDO. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Colasa, de Bilbao.**



### UN BUEN CONSEJO

— Sí; después de un mes de enfermedad, mi querido esposo ha partido para el gran viaje...

— ¿Sí?... Pues ha debido usted acompañarle. No está bien que los maridos viajen solos.

(De PIERRE FALKÉ, en Le Rire, de Paris.)

## SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

12. — Juego de azar.

OIDOS ED OROURO  
R O T O  
Y 1000 ORIENTE 7 de julio

13. — Medio refrán.

COR      ALBARRACÍN

CUPÓN  
correspondiente al número 60  
de  
**BUEN HUMOR**  
que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

14. — Círculo de recreo y...  
campo de batalla.

PUNTO EQUIDISTANTE  
  
BOR      RÍO      RICO

15. — Del «argot» de Jorge.

T      R  
|      |  
El artista Y maneja  
pinceles y paleta  
ante la modelo.  
E      S

16. — También se ha suprimido.

MA      NÍA  
Partícula negativa  
INCOGNITA  
EN EL AR ROSARIO

17. — Aparato infernal.

CAM      ARTÍCULO      INO

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda  
solución que se nos remita con  
destino a nuestro CONCUR-  
SO DE PASATIEMPOS del  
mes de enero.

Para las condiciones de este Con-  
curso, véase nuestro número 58.

Ayuntamiento de Madrid



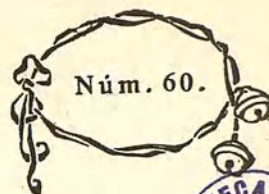
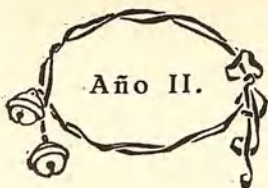


Puede Vd. ser  
**OPTIMISTA**  
después de usar la  
**PASTA**  
**D E N S**

que le permite ostentar una dentadura  
blanca y una boca fresca y perfumada.

TUBO 1.50





## EL SEGURO DE VIDA



Don Jorge de la Roca era un poderoso hacendado que holgadamente vivía en Madrid, gracias a las rentas que producían fincas que otros cultivaban. El correo le llevó cierto día una carta que decía: «Efícazmente recomiendo a usted al señor Romero, muy amigo mío, que pretende hablarle de cosas que le interesan.» Y el caballero autor de aquellas líneas, así que el tal Romero desapareció de su vista, rasgueaba otra misiva más larga:

«Querido Roca: Acabo de facilitar a un señor Romero unos renglones de presentación a usted. Me han sido solicitados por un conocido, mal bicho, que sitió en tiempos mi casa, hasta que logró estampar mi firma en una póliza de seguro. Este Romero me huele mal. Adopte precauciones. Siempre su buen amigo...»

Don Jorge de la Roca adoptó la precaución de no recibirle. Cuantas veces llegó a su casa, «el señor no estaba en ella», según aseguraba una doncellita menuda y cimbriña. Pero Romero lo persiguió implacable. Lo encontraba en la calle, en el Casino, en su cine preferido — don Jorge era un cuco —, y siempre obtenía la misma respuesta:

— ¡Hombre, aquí!... Vaya por casa, amigo, vaya por casa...

Y aconteció algo fatal. Otro criado — un atleta con frac — confundió al buen Romero, cierta tarde, con un gran amigo del señor. No he de pintaros el asombro que a don Jorge le produjo ver entrar en su despacho al agente de seguros. Diré, sí, que cuando el criado, en una genuflexión exagerada, inquiría:

— ¿Desea algo el señor?

— ¡Nada!... ¡Burro! — replicaba en el más puro castellano.

Hubo una pausa embarazosa. Don Jorge revolvía papeles, fingía leer; de pronto se animó su semblante con una sonrisa triunfal.

— Señor Romero, ¿queréis acompañarme a tomar una tacita de té?

— Encantado, honradísimo.

— Y ya desde este momento puede hablarme de ese seguro...

Tomó el agente la palabra, empezando por hacer historia minuciosa de la Sociedad que representaba desde su fundación, citando de paso los nombres de los consejeros, a quienes dedicó brillante apología.

— Venga conmigo. Tengo que despachar varios asuntos; pero en el coche seguiremos hablando.

— Estoy a sus órdenes.

Y cuando don Jorge salió de la habitación, Romero, que, atento a su discurso, no llevó alimento a su boca, dedicó a unas *medias noches* la despedida más emocionante. Tomó dos en su mano, las miró contrito, y como oyera pasos cercanos, no sabiendo qué hacer, las escondió en el bolsillo de su americana.

El ruido del motor no les dejaba entenderse, circunstancia que agradecía intimamente don Jorge. El auto paró frente al portal lujoso del Casino de Madrid. Apeóse el señor De la Roca, y hora y media más tarde, cuando el agente, hartado ya de piropos a todas las bellezas que pasaban, iba perdiendo ecuanimidad, apareció don Jorge.

— Síga, Romero. Me hablaba usted de las distintas combinaciones...

El agente se tornó apacible. A grandes voces, para sobreponerse a los mil insensatos ruidos que se percibían, usando las más floridas galas de su oratoria, iba alabando a los seres que se detenían un poco en su agitada vida para pensar en la muerte. Mas paró de nuevo el vehículo; esta vez en una calle solitaria, oscura, cercana al Hipódromo.

— Unos minutos, Romero. He de hacer una visita rápida. Quedamos en que la muerte no debe sorprendernos...

— Cierto, don Jorge. Espero.

En cuanto desapareció el acaudalado, apareció en la ventanilla la cabeza del mecánico.

— ¿El señor va a esperar?

— Sí, sí, desde luego.

— Voy, pues, a tomar un refrigerio en una taberna próxima...

— Don Jorge bajará muy pronto...

— Dúdelo usted.

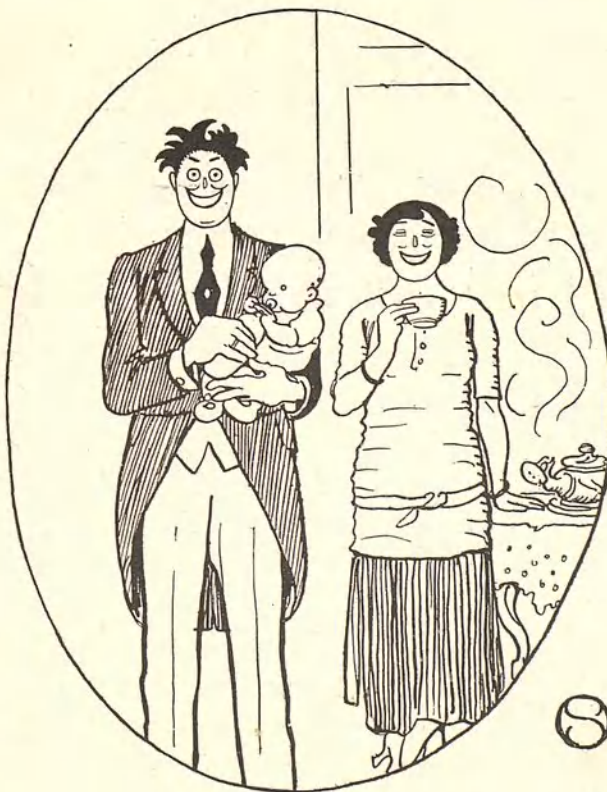
— Me dijo que sólo tardaría unos minutos...

— Por él, sí...; pero... ¿y «por ella»? Hasta luego.

El cerebro de Romero ardía. ¿Sería posible que don Jorge le tuviera esperando «por ella»? ¡Inaudito, grosero, de una desfachatez inaguantable!

Unos chicos — pilluelos a quienes ninguna acción buena debía retenerlos por aquella barriada —, viendo el auto sin guardador, hicieron cantar a la bocina el famoso estribillo: «¡Media copita... de ojén!» Romero apareció en la ventanilla mirándoles persuasivo. Y a los chicos les hizo muchísima gracia.

— ¡Oye, Botines, mira cómo asoma la gaita andoval!



Dib. SILENO. — Madrid.



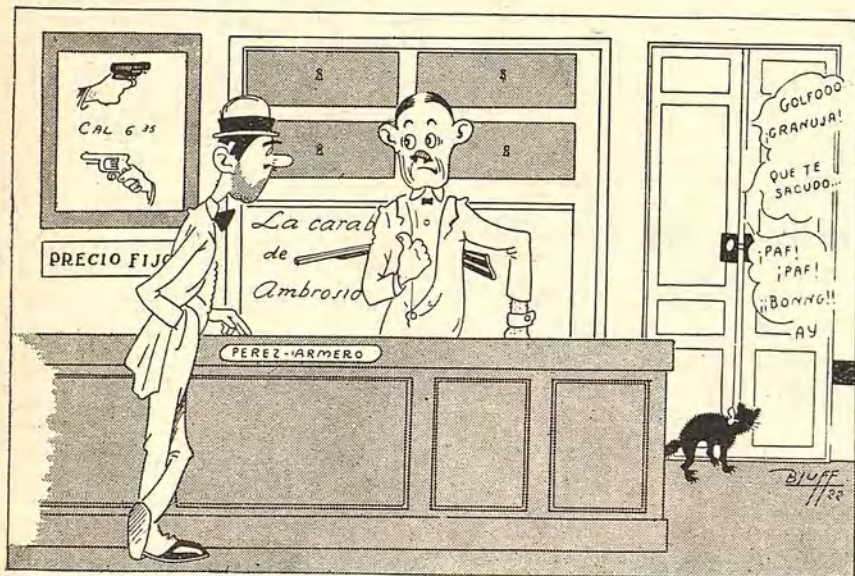
—¡Mi madre, vaya tío con zumba!  
—replicó otro.

Y al fin Romero tuvo que apearse y perseguir a los niños... para que no le repitieran el estribillo.

Si habrían pasado dos horas cuando coincidieron don Jorge y el mecánico en la portezuela del coche.

—¡Al Casino!—ordenó al *chauffeur*; y a Romero, excusándose: —Perdón, amigo. Crea que no he podido despachar antes. Estuve a punto de mandarle un recado; pero... ¿cuándo podríamos hablar de nuevo? Cenaremos juntos, ¿no le parece?

Romero se limitó a asentir, porque



Dib. BLUFF. — Madrid.

— Venia a ver si estaba terminada la pistola que traje a componer hace tres días.

— ¿Sí, eh?... Pues llega usted a tiempo: precisamente la acaban de armar...



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

ELLA. — Creo, Roberto, que con usted no es posible llegar a un acuerdo.

EL. — ¡Cuánto lo siento, señorita!... ¡Yo que creí que íbamos por vías de arreglo!...

hubiera pronunciado algún concepto indelicado. Lo cierto es que media hora más tarde, leyendo el *menu*, dió al olvido futesas y rencillas. Charlaron. Como a Romero le pareciera incorrecto volver al seguro de vida, le animó don Jorge.

Ante el temor, bien fundado, de que el anfitrión no recordara ya citas y detalles, arrancó otra vez desde la fundación de la Compañía. Y habló, habló, sin importarle el consomé y prestando más atención a la tortilla. Pero llegaron unas chuletas de cerdo, ¡ay!, se le agolparon las ideas, nublóse su entendimiento, en sus ojos se pintó la gula..., ¡y sólo le quedaron arrestos para comer!

Entraron en el teatro Reina Victoria. Don Jorge tenía una butaca abonada, desde la que todas las noches dirigía miradas incendiarias a una segunda tiple. Romero estaba encantado. Aquel caballero era la corrección exquisita; le había convidado al té, a comer, al teatro... ¡Si tendría interés en escucharle! Todo el acto segundo — en el que la segunda tiple que a don Jorge le sacaba de sus casillas no trabajaba — lo dedicaron al consabido seguro. ¡Qué alusión de palabras! Ya iba temiendo nuestro hombre no tener valor para rematar la broma. Romero, perorando, eran Maura, Melquiades y D. Niceto en una pieza. ¡Insoportable para un senador pacífico e idóneo! Terminado el espectáculo, preguntó el agente:

— Y ahora, ¿qué hacemos, don Jorge?

— Seguir hablando. Esto hay que resolverlo. Vamos a mi casa.

Llegaron. Don Jorge rogó a Romero que esperara. Este, entretanto, frotándose jubilosamente las manos, sacó una póliza, la extendió en la mesa, y a la derecha depositó su estilográfica.

— Ahora viene y firma, no cabe duda. Lo he cazado.

Se presentó don Jorge en pijama. Arrellenóse en una butaca cómoda, encendió un habano, adoptó un semblante de mártir y habló:

— Romero: yo soy muy tardo para comprender; me distraigo, no tengo retentiva... Soy un poco negado, lo confieso. ¿Quiere usted contarme de nuevo...?

El agente se incorporó de un salto.

— Sí. Arranque..., desde la fundación de la Compañía...

— Arrancaré desde Adán y Eva, ¿no?

— Como guste...

— ¡Pues todo eso se lo va a contar...!

No siguió; pero se le notó el deseo de complicar a algún pariente de don Jorge.

— ¡Canalla! ¡Indecente! — refunfuñaba Romero, bajando de cuatro en cuatro las escaleras. Don Jorge, que, afectuoso y cordial había salido a despedirle, tuvo un comentario:

— ¡Pues si no le llevo a dar de comer!

ASELO PLAZA



# SALDO DE ÑOÑERÍAS

## I

### Razón convincente.

Seis de enero. — No han puesto mis hijos esta vez al balcón sus zapatos ni sus cestas a ver si los Reyes les echaban juguetes o cuartos.

Y no ha sido temiendo a la lluvia que pudiera mojar el calzado, ni tampoco porque desconfíen de que son generosos los Magos.

Si mis hijos no han puesto sus botas al balcón, es, lectores amados, porque el más chiquitín tiene cerca de treinta y un años...

## II

### Imprevisión funesta.

Sabrás, ¡oh lector queridol, que estoy algo destemplado gracias a un aire colado que tengo muy merecido;

pues dicen gentes expertas en la ciencia de curarse, que no hay, para constiparse como ponerse entre puertas;

y un servidor siempre está, sin que le importe una col, entre la Puerta del Sol y la Puerta de Alcalá.

## III

### Nombres adecuados.

— A aquel que pesca carteras, ¿cómo le llaman, Bautista?

— De una de estas dos maneras: o ministro, o carterista.

## IV

### ¡Qué salida!

Ayer, a eso de las dos, de cosas indiferentes se hablaba en casa de Arbós; y enumerando allí los apellidos más corrientes entre la gente española, pregunté a María Elola:

— ¿No le suena a usted García?

Y me contestó María:

— No, señor; me sueño sola.

## V

### Desbordamiento general.

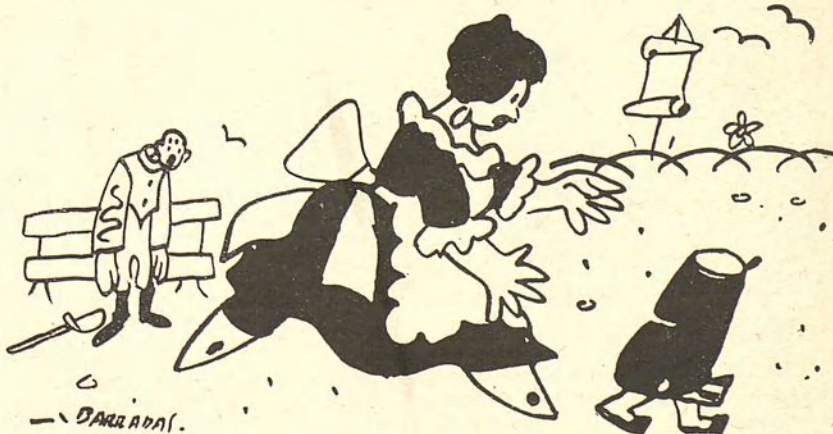
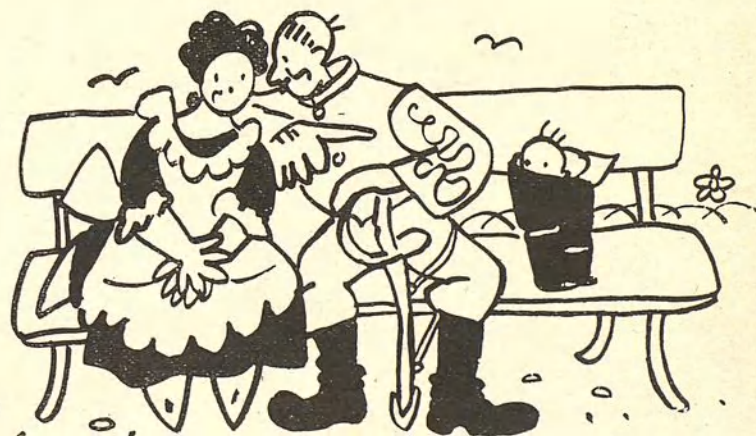
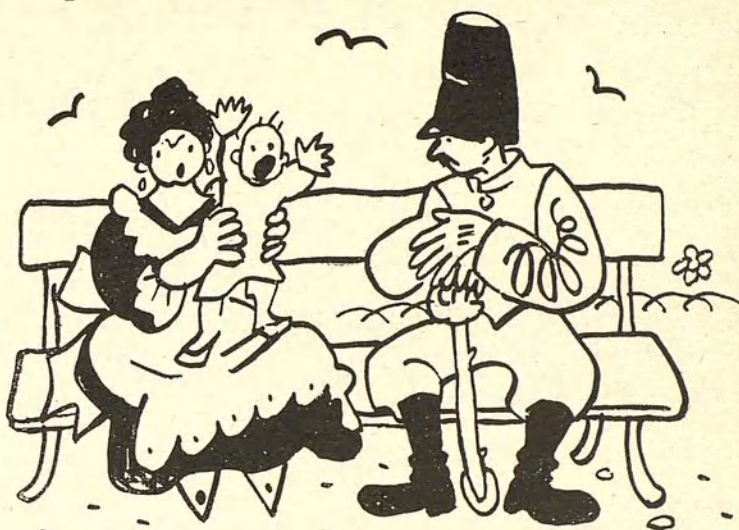
Con las insistentes lluvias y los recios temporales, desbordándose están todos los ríos por todas partes.

Desbórdanse el Duero, el Júcar, el Miño y el Manzanares, ¡y hasta se desborda España sin responsabilidades!

Mas temo sólo una cosa, como la más lamentable: ¡que mis pañuelos bordados, empiecen a desbordarse!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

# La primera aventura de Toñín



— DARRADAS.

Dib. BARRADAS. — Madrid.



## FAUNA Y FLORA HUMANAS

## EL ESCRITOR CORRECTO

En todas las pequeñas localidades existe siempre un escritor correcto, aunque no lo expresen las guías. En estos Madriles todos conocemos a un cierto número de camaradas que no son ni geniales ni borricos, ni castos ni obscenos, ni rubios ni castaños. Son, concretamente, «correctos».

Estos son, limitándonos al siglo XIX y a lo que va del actual, los que se quedan ladinamente a la retaguardia de la buena y fuerte literatura; los que, con diligencia y vivacidad de traperos, reco-

gen lo que sus predecesores arrojan por usado o desechan por inservible. Furgones de cola, se detienen siempre lejos y fuera de la alegría y novedad del andén. Tienen la tristeza y la incorporeidad de la sombra, que sigue al que camina...

Ellos son los que, cuando una frase ha resultado en su origen acertada, o justa, o cómoda, se dedican atareadamente a repetirla, hasta que, imitada por todos los incontables escritores correctos que hay por España y sus hermanas ultramarinas, se convierten en lugares comunes o frases hechas. Literariamente, puede afirmarse que no se conocen sino dos castas de literatos: la de

los que estrenan siempre traje y la de los que se visten en las casas de préstamos.

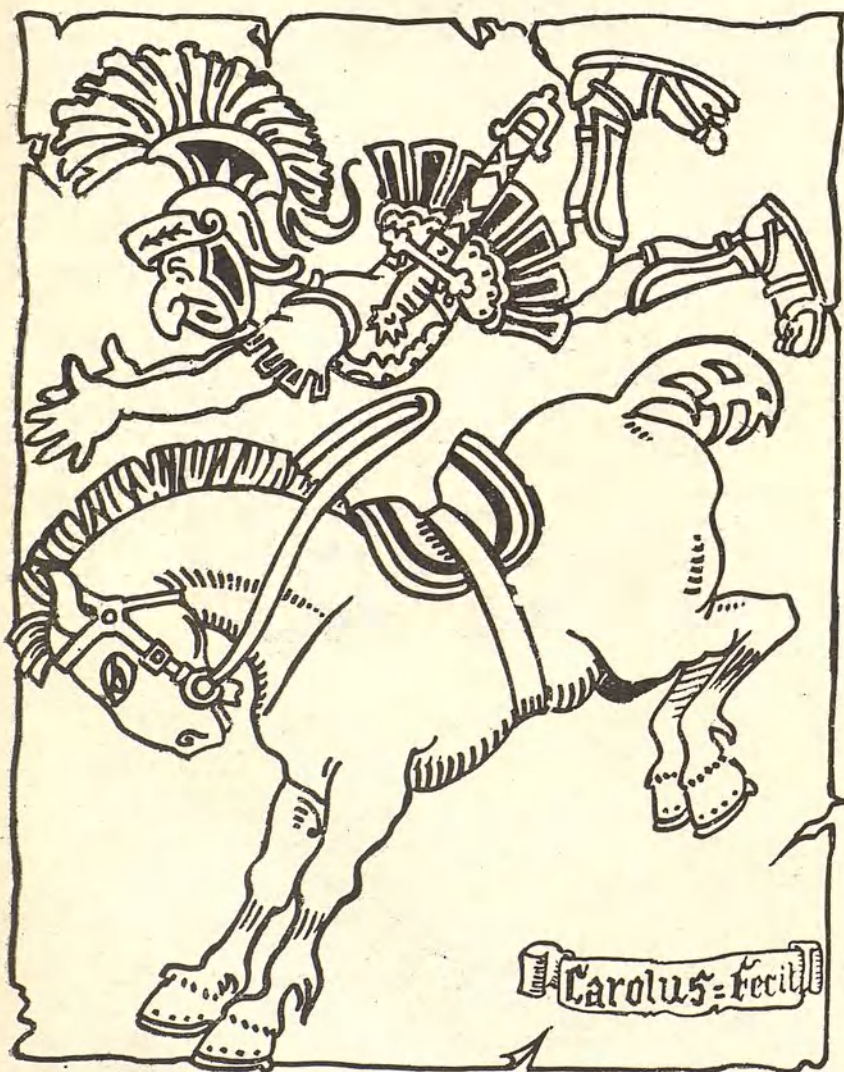
Los escritores correctos tienen mucha más fama y cobran muchos más recibos que los otros, inclasificados o inclasificables. Llenaron antaño los abanicos y los álbumes de muchas madamitas románticas. Colaboran en todos los periódicos graves. Y de su sesera se sacan, como de un bolsillo, frases que, sin darse cuenta, han tomado a los demás o han recogido de los demás.

Y así, se leía durante medio siglo pasado: «Ninguna nube oscurecía el cielo de su felicidad...» Fulana, pálida, era «la estatua del espanto», la «estatua del dolor». Céfiro era, siempre, «blando»; el arroyuelo «murmuraba»; el talle de las mujeres «era de palmera»; las lágrimas «rodaban silenciosamente» por sus «pálidas mejillas»; y cuando no querían rodar por ellas, las «escaldaban». Estas mismas españolas, abuelas nuestras, apenas tenían cualquier disgusto, se «re-torcían» las manos y se «mesaban los cabellos». Nunca, según los escritores correctos de la época, se les ocurría hacer otra cosa. Sus labios eran fresas o rosas...

Pero al cabo de cuarenta años, cambia la moda en el decir, y los labios ya son «guindas», y las manos, «marfileñas», «liliales» y «alabastinas». Se hace un gran consumo de ojos «alucinantes», de caderas «fecundas», de cosas «en flor»... Con la generación llamada del 98, el crepúsculo, que siempre ha sido una inagotable «fuente de inspiración», y antes se calificaba de «hora poética o melancólica», entonces pasa a ser «sangriento». Surge la serie de frases que, por repetidas, emplea todo buen escritor correcto: «las rosas del crepúsculo», las «ascuas del poniente»... Y a continuación conocemos las campanas que suenan o no suenan, pero que son, infaliblemente, «lejanas»; los senos «liliales», las cosas «glaucas», las cosas «opalescentes», las «libélulas» y las «iridiscencias»...

El escritor correcto «hace» las críticas de libros — cuando las hace —, y anima las reuniones de la alta sociedad, y mantiene los juegos florales, y preside las Corporaciones, y brinda en los banquetes. El es único para escribir aquello de que en la obra de Fulanito «campea» el instinto de observación, etc.; cuando entra en el teatro, afirma, muy conmovido, que la sala «ofrecía un aspecto brillantísimo»; si se muere un genio amigo suyo, es después de «larga y penosa» enfermedad; y si se susurra que a un enemigo van a nombrarle ministro, acoge este rumor «con toda clase de reservas»... ¡Hombre maravilloso! Cuando no es más que correcto, y se afeita, la cosa puede pasar; pero cuando se deja barba, ya la catástrofe es inevitable: le eligen académico...

E. RAMÍREZ ÁNGEL



ALELUYAS HISTÓRICAS

Dib. ORTIZ. — Madrid.

«... Y Roma mandó a Publio Escipión a luchar contra los cartagineses. En un encuentro, el general romano se cayó del caballo y quedó cojo. Desde entonces, en España la cojera es tradicional: siempre hay algún prócer, más o menos romano, que cojea.»





Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

EL COMERCIANTE. — *Es una magnífica alfombra de veintiséis nudos, con diez y ocho centímetros de espesor.*  
ELLA. — *¿Qué te parece?... ¿Cómo quedará el cuarto?...*  
EL. — *Me parece que más bajo de techo, vidita.*



# DESDE PARÍS PROGRAMAS

## LA PATRIA Y LOS EMBUTIDOS

Un periódico daba la noticia como en los observatorios se registran los fenómenos meteorológicos. En un teatro ha podido exhibirse un soldado prusiano sin que el público protestase. Por fin, el casco teutón, bien que de guardarropía, no convierte a las gentes en *poilus* honorarios, agazapados entre las butacas como en las trincheras. Definitivamen-

te — afirma el reportero —, ha vuelto la normalidad.

Sin embargo... En estos días también, al ilustre Gemier se le ocurrió invitar a su colega germánico, el no menos ilustre Max Reinach, ofreciéndole el Odeón para que desde allí aleccionase con su maestría de la escena. Aparte otras consideraciones, justificaba el rasgo del gran director parisiense haber recibido en tiempos idéntica atención de parte

del mencionado artista tudesco. No queráis saber la cólera de los señores del margen. Un diputado llegó a solicitar del ministro de Bellas Artes que se destituyese al traidor, en su calidad de jefe de un establecimiento subvencionado por el Estado. Monsieur León Berard, prudente y digno, hizo observar al patriota que M. Gemier no es un funcionario, sino un actor insigne, y al mismo tiempo prometió no autorizar la visita del tudesco aborrecido...

Mas he aquí a otro parlamentario que se levanta para señalar la comicidad de que se consienta el repertorio de Wágner en la Opera, y se prohíba la entrada al huésped del Odeón. El primer diputado salta y dice:

— ¡Wágner no firmó el Manifiesto celeberrimo de los intelectuales, y Max Reinach, sí, y de todo corazón!

Naturalmente, terrible tribuno, que no firmó Wágner, ajeno en su tumba a las luchas de los hombres. Sólo el Cid batallaba después de muerto.

Esto me recuerda una vez que ofrecí un cigarro a Blasco Ibáñez, un Larrañaga, a los postres de un almuerzo íntimo, en La Habana. Nuestro famoso novelista, a tal extremo fumador, que le obligaron a salir de un hotel en Niza porque el humo de sus tabacos molestaba a las inglesas, no aceptó mi obsequio, declarando haberse curado del vicio en absoluto. Y continuó:

— Yo pensaba que ya no sabría escribir sin la ayuda de los puros, de la pipa... Y buscando precedentes tranquilizadores, comencé a recordar los genios que no fumaron...: Víctor Hugo... Tolstoi...

Escuchaba yo la magnífica puerilidad de D. Vicente, y de pronto hube de exclamar:

— Pero, maestro, por Dios, bastaba a usted con recordar que hasta el descubrimiento de América no se conoció el tabaco, y no obstante ya existía el grande hombre...

Blasco Ibáñez, convencido, se echó a reír con una carcajada digna de un héroe de uno de los colosos no fumadores: el propio Homero.

Volviendo al tema. Siguen las barreras infranqueables frente a Germania. Nada ni nadie consigue burlar la vigilancia más estrecha. Ni unas tabletas de bromoquinina han podido pasar para que yo me curase un catarro... Ya estoy bien. Gracias.

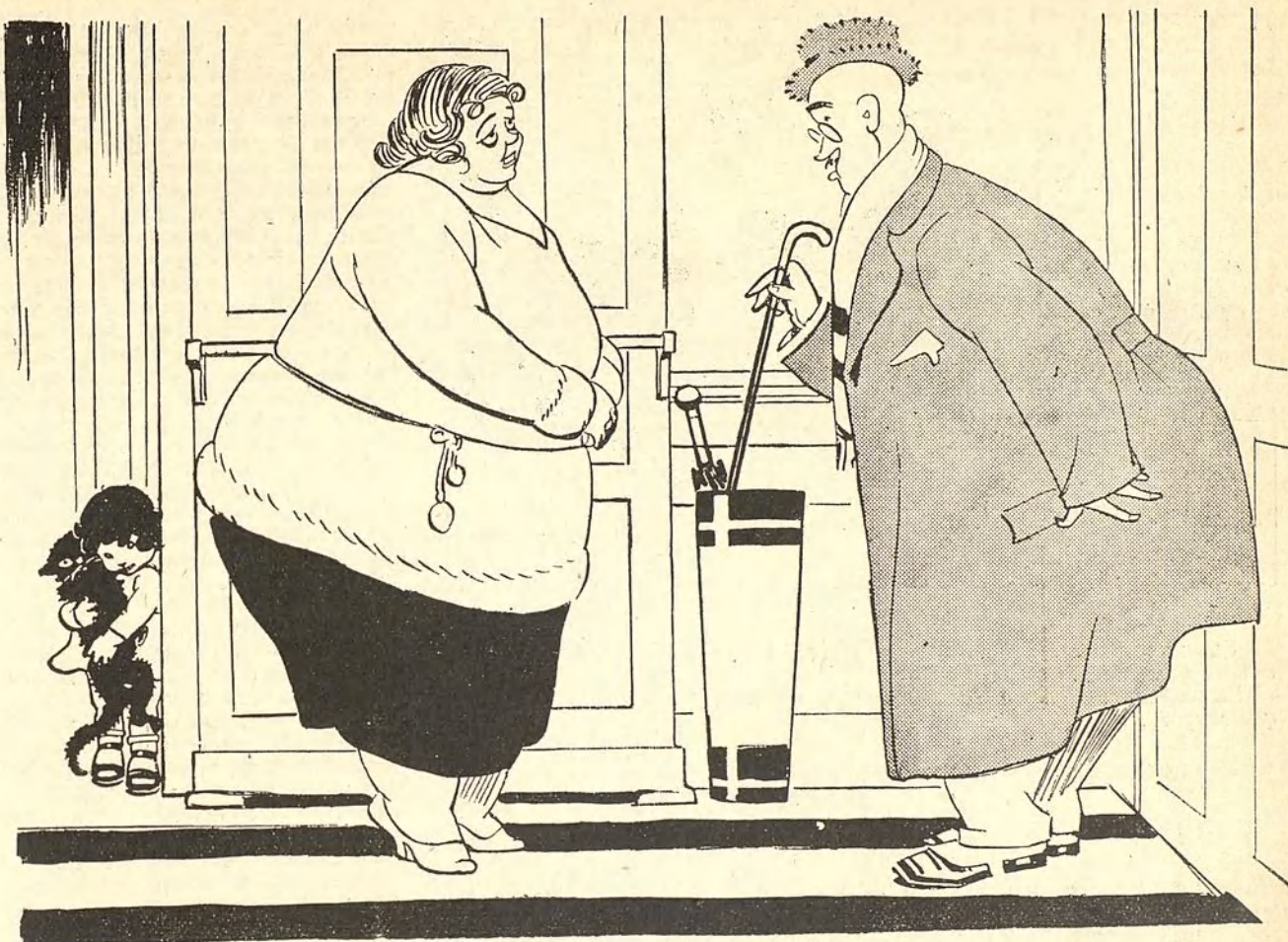
Hábiles y acomodaticios los alemanes, únicos en el arte de desfigurarse, según demostraron en su condición de espías prodigiosos, consiguen, a pesar de todo, filtrarse en los espectáculos de sus enemigos. Cambian nombres, se visiten con arreglo a figurines de los alia-



Dib. MEL. — Madrid.

— ¡Caramba!... Pérez tocando el violín..., y en la vía pública. ¡Pobre hombre; recuerdo que siempre había tocado con... trabajo!..





Dib. AREUGER. — Madrid.

- ¿El laringólogo te ha cobrado diez duros por la visita?  
 — Sí. Me ha dicho que no tengo nada; pero que hable lo menos posible.  
 — ¡Claro; para que no digas lo de los diez duros!...

dos, llegan incluso a deformar su testa cuadrada, sometiéndola a torturas, como los chinos empuñan sus pies. En un *music-hall* del bulevar actúa un *jongleur* más *boche* que la Cruz de Hierro, y para colmo, acompañado de una inconfundible Walkiria, con la cola de su caballo sirviéndole de moño. Y la multitud no sospecha, o finge no enterarse. Decididamente, retorna a la normalidad, y el casco imperialista de la obra de Francis de Croisset, ése cuya presencia soporta el buen público, navega como una reducción del arca de Noé, de la que salió la paloma simbólica...

Sólo se trata de guardar las apariencias. Cosa no siempre factible. Voy a revelaros una pequeña historia, una tragedia grotesca, lamentable y bufa. La del domador de cerdos.

Un pobre diablo de Hamburgo había conseguido disciplinar una media docena

de cochinos, los cuales, sin demasiados gruñidos, se sometían a ponerse en dos patas, entrar por el aro, sostenerse en sendas barricas, columpiarse, etc. Eran sonrosados y lustrosos, como el cogote de su dueño. La cantidad de puerco que los espectadores llevan asimilada a su carne, por virtud de guisos y embutidos, y, en otros casos, por tendencia espiritual, se estremecía familiarmente ante las habilidades de los *chanchos*, y el éxito alcanzaba siempre proporciones grandiosas. No obstante el hambre de Alemania, se concedió pasaportes extraordinarios a la *troupe*, y el mago y sus discípulos se lanzaron a la conquista del mundo, último avatar del pueblo que ya Tácito consideraba empujado fatalmente a las conquistas...

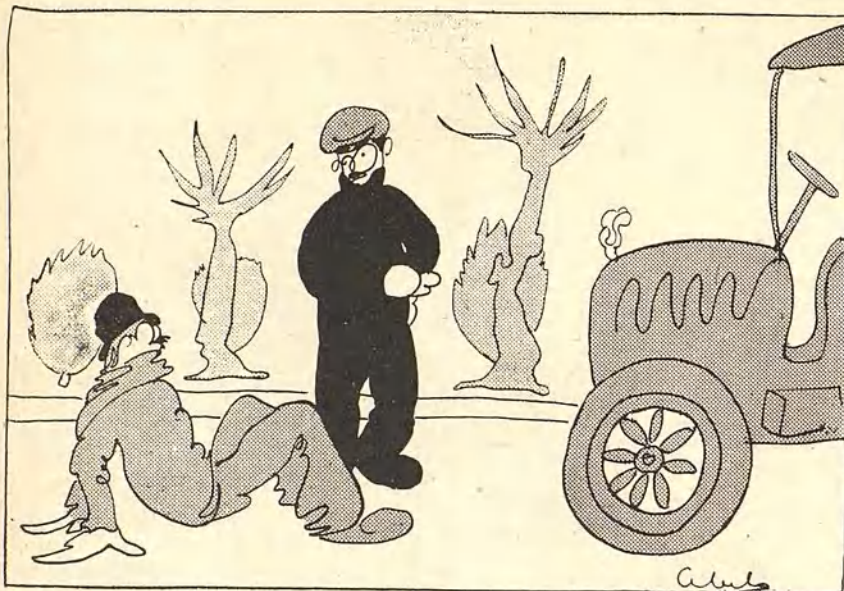
En efecto: convencen y seducen los marranos a un empresario que contrata desde una bailarina de las hadas a un músico que toca el cornetín con el aire

de sus tripas. Se les instaló en una pocilga preparada para la visita de periodistas y admiradores. Fregoteados, perfumados, con la promesa de una buena cubeta de coles fermentadas, se les lanzó a las tablas, al decorado de jardín y a la alfombra suntuosa. La orquesta inicia un vals lánguido...

Y, de repente, la catástrofe. No sirvieron de nada el disfraz y los muchos disimulos del domador. Tampoco el público halló manera de fingir una ignorancia diplomática. Porque... porque los cerdos habían sido educados en alemán, y no obedecían a otro idioma... Derribando tripodes y tinglados, rompiendo las decoraciones, con unos gruñidos horribles, hubieron de escapar los gorrinos, que se salvaron del hambre de un país y peligraban ante la idealidad humana.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ





Dib. ABELA. — Madrid.

EL «CHAUFFEUR». — *Si no detengo el coche a tiempo, le hubiera hecho una una tortilla.*

EL BORRACHO. — *¿Y cree usted que no me vendría bien, con el hambre que tengo?...*

## TODO EL MUNDO NOVELISTA

Todo el mundo novelista: he aquí, *di- gan lo que quieran los termómetros*, el hecho más saliente del saliente año.

Teníamos — cada una, por de conta- do, con un nombre distinto — seis o siete *Novelas Cortas*, cifra muy bonita para plantarse, y que indiscutiblemente cons- tituye ya un *record*.

Si «hay bastante con un ejemplar de cada hombre», conforme entiende Emerson, ¿puede creerse que no sean sufi- cientes — racionábamos — más de me- dia docena de duplicados de una misma publicación? ¿Habrà que asistir cual- quiera de estos días al nacimiento de una nueva *Novela Corta*? No, no es po- sible; se impondrá el buen sentido, al fin.

Pero los hechos se encargaron bien pronto de demostrarnos que nuestro op- timismo era prematuro o infundado, si no utópico; aquella misma semana her- manecieron, y no una, sino dos veces, los gemelos de la que llamaremos hidra del novelismo.

Desde entonces es raro el día en que no hay que registrar el nacimiento de una nueva novela de éstas, cuya defun- ción, generalmente, hay que registrar en el mismo día.

Está visto que ya no le basta a una persona con *vivir su vida*, ni aun lle- vando además gafas de concha; necesita novelar su novela, lanzar su novela.

Todos los Pérez, los Rodríguez y los Sánchez han decidido hacerse novelis-

tas. Todo el mundo tiene ya su novela, y nadie descansa hasta que la arroja en la honda sima de la indiferencia pública.

Tenemos, hemos tenido o saldrá, sin falta, pasado mañana *La novela de la mujer, la del hombre, la del que no es ni hombre ni mujer; La novela del ofi- cial quinto, la de los coroneles retira- dos; La Novela Roja, la verde, la ana- ranjada, la salmón y la crema; la del domingo, la de los lunes, la de hoy, la de ayer a estas horas, la de todos los días por la noche, etc., etc...*

— Pero ¿son o no son entretenidas estas novelas? — se inquirirá —. ¿Son buenas, o son malas?

¿Quién lo sabe? ¿Hay alguien, por ventura, que disponga de bastante tiem- po para leerlas? Todos andan atareados con la propia novela, y no pueden pre- star atención a las de los demás, que son más cada día.

— ¿Qué es lo que va a ocurrir aquí — hay para preguntarse — si este heb- domadarismo novelístico sigue crecien- do — y ya escampa — tan desenfrena- damente?

¡Ah!... ¡Horroriza pensarlo!

Dentro de tres, de cuatro, de seis meses, a lo sumo, no habrá en Madrid, ni en ninguna de las restantes cuarenta y ocho provincias españolas, el suficien- te número de esquinas, rinconadas ni vallas de solares o de obras en que pue- dan los vendedores de periódicos poner

debidamente de manifiesto la totalidad de su surtido en lo que, si se nos per- mite, denominaremos novelas de cuel- ga. Tendrán, forzosamente, que ir pro- longando por una y otra punta sus ten- dederos de papel impreso, hasta que, cuando cada puestista haya establecido contacto con el puesto o puestos más próximos, quede formado el *trust* o puesto único de vendedores de periódicos; y lo mismo Madrid que las restan- tes capitales españolas amanecerán un día completamente acordonadas y em- pavesadas por su planta baja, con un zócalo de cinco, seis o mayor número de volantes papeleros, que será como el nuevo censo, expuesto al público, de la población española.

Ni aun entonces, más que probable- mente, remitirá la fiebre publicacionis- ta, y su lepra multicolor irá ascendien- do, avasalladora, por las fachadas de los edificios hasta dejarlos, digámoslo así, embalados como una mercancía, como un mueble.

Esta hipertrofia, este teratologismo de los puestos de periódicos, tendrá bajo tierra, en la red del Metropolitano, consecuencias aún más funetas. Llegará un momento en que el *tubo* — es incues- tionable — quedará cegado, obstruido, embutido de novelas cortas. No habrá ni un sitio para los fotógrafos, y los po- ceros municipales se verán negros para desatorar esta alcantarilla o cloaca máxima en que el Metro será converti- do por la epidemia novelorreica.

Una noche, por último, en la verbena de San Antonio, del Carmen o de la Pa- loma, veréis que el fenómeno que se exhibe en las barracas ya no es el hom- bre que se traga un sable, la mujer que pesa 160 kilos o la pulga que toca el contrabajo y traduce del sánscrito, sino que es el señor que no escribe novelas.

Reconoceréis al punto a todos o casi todos los fenómenos. En una barraca estará *Azorín*; en otra, Pío Baroja; en otra, Valle Inclán. La barraca de Blasco Ibáñez, propiedad del autor, será verda- deramente ostentosa, y la de Carrere, en cambio, estará construida con cañizos, latas y desechos de trapería.

Todos o casi todos los verdaderos no- velistas profesionales tendrán en la ver- bena su barraca.

— ¿Qué es lo que querían ustedes que hiciéramos? — os dirán si les mostráis vuestra sorpresa por tan extraño cambio de profesión —. En un mundo donde todos son novelistas, en que escriben inclu- so los analfabetos. ¿qué puede hacer un novelista que no es más que novelista, un escritor que sea únicamente escritor? Si desea seguir viviendo del público, tie- ne, como ven ustedes, que meterse a fe- nómeno de feria.

Próximamente hacia la entrada del otoño, la gente habrá comprendido, al fin, que escribir novelas allí donde las escribe todo el mundo deja de ser, auto- máticamente, una prueba de distinción, y automáticamente dejará de escribir no-



velas, a ejemplo de los verdaderos novelistas.

Estos volverán entonces a cargar su pluma-fuente o su tintero, y los Pérez, los Rodríguez y los Sánchez recobrarán su condición de simples moléculas de la masa lectora o ilectora.

Hasta que otros Sánchez, otros Rodríguez y otros Pérez, si no, acaso, los mismos, nos aneguen en otro diluvio de papel impreso en que el arca de Noé sea, como se ha visto, una barraca de feria.

MANUEL GALÁN

Madrid, a las cero del 1923.

## "El Noticiero Personal"

En cuanto se entere mi amigo Canuto Delgado de que me he permitido lanzar a los cuatro vientos de la publicidad su proyecto número veintisiete puede que me mate. En lo cual hará muy mal, porque bien sabe Dios que solamente la admiración que me inspira me lleva a darle la notoriedad que merece.

El proyecto es sencillo: es uno de la media docena de huevos de Colón, correspondientes a esa otra media de grandes descubrimientos, que, al conocerlos, nos extraña a todos que no se nos hayan ocurrido.

Se trata simplemente, y no lo digo con segunda, de un periódico vivo, de un diario personal, en que la cálida palabra del reportero sustituya la frialdad plúmbea de la letra de molde. El periodista se presentará en su casa de usted, y, de viva voz y con la claridad con que en la intimidad pueden tratarse las cuestiones más delicadas, le dirá francamente lo que ocurre:

— Todo lo que ha negado ayer el ministro Fulánez es la pura verdad; todo lo que ha asegurado Mengánez es una pura filfa. ¡Lo que hay es esto, y esto, y esto! ¿Usted sabe por lo que ha obtenido la cátedra Zutanítez de Tal? ¡Usted conoce el porqué de la primera medalla de Perenganítez de Cual? ¡Pues por esto, y esto, y esto! ¿Quiere usted que le enseñe el original de la tan celebrada obra de Furciáñez?...

Y así por este estilo le contará al oído cosas estupendas de las cinco partes del mundo e islas adyacentes. ¡Ahí es nada conocer uno de pe a pa la historia secreta de una porción de gente y el porqué misterioso de los acontecimientos más o menos sensacionales!

Y considerado el asunto desde el punto de vista del negocio, la ganancia ha de ser pingüe. Saber uno todo lo que hay de bueno y, sobre todo, todo lo que hay de malo, que es lo que más nos interesa, se debe de pagar muy bien. Todos ustedes habrán oído decir cien veces a la gente:

— ¡Hombrel! ¿Daría cualquier cosa por saber la verdad de esto o de lo otro! Y una vez conocido este nuevo siste-



Dib. DE DIEGO. — Madrid.

— ¿Cómo es que bailas tanto, Purita?

— Es que el médico me ha ordenado que sude mucho.

ma de verdadera información, pudiera también suceder que el negocio resultara por partida doble, porque, no sólo percibiría las pesetas que le diera el que deseara saber una cosa, sino las que le daría el que tuviera interés en que no se supiera. Ya se sabe que el silencio es oro. Claro está que no todos los chicos de la Prensa serviríamos para tan difícil reporterismo; pero mi amigo Canuto es una especialidad para el caso, porque él toca, él pinta, él boxea, él canta, él torea, inclusive. El podría ilustrar sus noticias y juicios con ejemplos prácticos:

— El tenor A — diría — hace: ¡Ta ra ra rál, semitonando el fa sostenido como usted oye, cuando en la partitura está escrito: ¡Ta ra ra rál! ¡Ya ve usted la diferencial!

— El boxeador X, cuando le amagan

un golpe en salva sea la parte, contesta con otro en semejante sitio, en vez de darle aquí, que es donde más duele — y le daría el golpe al oyente para convencerle.

— ¿De dónde sacan que es una media verónica lo que hace el *Musarañita Chico*? ¡Hay que cargar la suerte así, traerse el capote así, y lo demás es una basural!

Todo eso lo haría perfectamente Canuto, y se quedaría tan hueco.

Dicho se está que si todo el mundo se enterara de estas noticias, no tendrían éstas interés, por lo cual el número de suscriptores ha de ser limitado, y por eso la empresa periodística de mi amigo se titulará *Canuto's & Co, Limited*.

CARLOS LUIS DE CUENCA



## LENGUA A LA MODA

### ALBARDAS SOBRE ALBARDAS

Ya sé yo que meterse a desfacer entuertos lingüísticos y llamar a Cachano con dos tejas, viene a ser lo mismo.

Precisamente, ahora acaban de publicarse, recopilados en un libro, los artículos que, con el título de *Limpia y fija*, escribió el inolvidable *Chico del Instituto*—que era un chico en grande—, y, como observa Marichalar, panegirista del gran Cavia, los mismos disparates que se decían y se escribían entonces, se siguen diciendo y escribiendo hoy.

Dale que le das a las tejas, y Cachano como si no.

Descorazonados, sin duda, por la resistencia cerril de los ignorantes invencibles, ha colgado las disciplinas filológicas Julio Casares, maestro de quien tanto pudiéramos aprender los modestos pasantes. Y quizás con la autoridad que tiene y la tribuna de que dispone, llegaría a lograr que los irreductibles *cachanistas* se apeasen de sus burros.

Entretanto..., ¿burros he dicho? Pues

veamos las albardas que los modistos de la lengua les echan encima.

MONODRAMA. — ¿Con qué se comerá eso? Miss Ruth Drapper ha traído el terminacho, que inmediatamente — ¡no faltaba más! — corrió por todas partes. Siempre que al idioma le sale un vástago espurio, se apresuran los cursiparantes a reconocerlo y criarlo a sus pechos.

Y ahora, a un monólogo representado le llaman un «monodrama».

Ahora bien, o ahora mal: si monodrama quiere decir algo, lo que quiere decir es — de *monos* y *drama* — un solo drama. Y para decir esto, basta con decir un «drama» sin «monos». Pero hay que albardear, como los que traducen Cape Town — la ciudad del Cabo — por la ciudad de Cape Town. O sea, la ciudad de la ciudad del Cabo.

COMEDIA CÓMICA. — Otro artefacto de la albardería. ¡Comedia cómica! ¿Qué va a ser la comedia sino cómica?

Y la tragedia, trágica; y el sainete, sainetesco; y la bufonada, bufa, etcétera, etc.

¿Verdad, Perogrulllos?

Una vez metidos en semejantes trotes, los modernos aparejadores del lenguaje no tenían más remedio que ir a parar a esotro de

TIPLE CANTANTE. — Ellos se han dicho, creo yo: «¿No se dice en música «bajo cantante»? Pues nosotros decimos «tiple cantante», y pata.» Esa es la que meten ustedes, y ustedes disimulen la manera de señalar. Bajo cantante es el bajo que, por la extensión de su voz, alcanza la cuerda de barítono. La voz de tiple es la más aguda de la escala del canto. No hay otra que pueda subir más.

¿Qué tiene que ver la magnesia con la gimnasia, ni los glúteos con las témporas?

Estoy viendo que el día menos pensado van a organizar ustedes una función a beneficio de «La lengua a la moda», con el siguiente programita:

1.º Sinfonía sinfónica.  
2.º La zarzuela musical titulada *El albardero albardado*.

3.º *Debut* de una tiple cantante.

NOTA. — Se suplica la cincha.

JOSÉ DE LASERNA



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— He aquí mi gran obra pictórica. La titulo *Mi cabeza*.  
— En cuanto expongas el cuadro, pedirán tu cabeza por todas partes.



Dib. CHESCK. — Madrid.

— Pues no comprendo la exactitud del aparatito. ¡Me quito las botas y el gabán, y la aguja no baja de los noventa!...

Ayuntamiento de Madrid





Dib. NUNES. — Cruz  
Quebrada (Portugal).

— ¿Dónde dirás que he encontrado  
la camisa que andaba buscando hace  
tres meses?

— ¡Qué sé yo!...

— ¡La llevaba puesta!...



# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## EL DIVERTIDO ESPECTÁCULO DE LAS PELEAS

Ya andamos otra vez a la greña. Ya vuelve a nosotros la inquietud de quedarnos cesantes; los periódicos anuncian que en breve los empresarios cerrarán sus teatros por tiempo indefinido.

Quiere esto decir que se nos agotará el tema, y que no podremos seguir haciendo la información de lo que sucede por los escenarios, y que nuestros valiosos servicios permanecerán también, indefinidamente, en suspenso... Ante tal

desafuero, nosotros protestamos con toda energía.

Si dejan de funcionar los teatros españoles, ¿con quién se va a meter el que suscribe? ¿A qué artista ni autor podremos dedicarle nuestros descaros? ¿En cuál teatro podremos estrenar nuestras comedias?

No, señores empresarios, eso no puede quedar así de ninguna manera. Si ustedes necesitan explicaciones, reparaciones y satisfacciones, yo explicaré, repararé y satisfaré lo que sea preciso. ¡Faltaría más!...

¿Hay que hablar mal de Arniches y de Miguel Muñoz?

¿Sí?... ¡Pues a hablar mal en seguidal! Ni Arniches sabe representar comedias, ni Miguel Muñoz escribirlas.

Los restantes artistas son *batatescos* del todo. Emilio Díaz mete morcillas; Mauri es un hombre poco serio; Aurorita Redondo se ríe en escena; Collado grita más de la cuenta; Mercedes Pérez de Vargas tiene un automóvil; Baena no se afeita nunca; la Zuffoli se pone algunas veces enferma de la garganta; Navarrito tiene un gabán que asegura es de *opossum*, y es, simplemente, de gato doméstico; a Valeriano León le da por la tauromaquia; Ramón Peña estrena obras inverosímiles... Todo esto hacen los cómicos; tal es su censurable actitud. Y sobre ello quieren además que, cuando salgan a provincias, se les garantice el pago para no volver a pie hasta la villa y corte.

¿Ustedes vieron insolencia mayor? ¿Cabe injusticia de más grueso calibre?

Pues no es esto lo peor. Lo peor, al parecer, es la actitud de los autores.

¿Qué se creen ustedes que exigen? Casi nada, una pequeñez.

Se aferran en no rebajar los derechos de propiedad; pretenden, a todo trance, cobrar seis, ocho o diez duros por acto; esto es: que un teatro en donde la entrada media sea de mil ochocientas pesetas, se les paguen nada menos que veinticuatro duros...

¿Ustedes saben lo fácil que es escribir una obra? ¿No? Pues verán ustedes.

Se cogen unas cuartillas en blanco, se agarra una pluma, se sienta el comediógrafo y escribe.

Una vez puesto, no hay más que hacer los tres actos, desarrollar un asunto, darle interés a las escenas, terminar la comedia, llevarla a un empresario, que le guste, que sea posible estrenarla, que se estrene y, al final, ¡¡que no la pateen!!

Como ustedes observarán, es sumamente sencillo: bastan apenas siete u ocho renglones para describirlo.

¿Por qué no pruebas, caro lector? ¿Por qué un empresario no lo intenta? Pergeñar un drama, una comedia o un sainete es algo sencillísimo. ¡Y por todo eso piden veintitantos duros los autores!

Un verdadero abuso. La ruina del teatro.

Lo que no tiene importancia alguna es que un coliseo madrileño pague por impuestos, en un año, cuatrocientas mil pesetas; lo que no vale la pena de comentar siquiera es que un teatro sea subarrendado tres veces, y que cada subarrendatario gane al día treinta duros limpios, con lo que los gastos de levantar el telón van cargados desde el principio con cuatrocientas cincuenta pesetas para los intermediarios...



Dib. ELI. — Madrid.

DEL INSTITUTO

—¿De modo, rico, que te has tenido que meter todos esos libros en la cabeza?  
EL SOBRESALIENTE. — ¡Quía, no, señora; debajo del brazo!

Ayuntamiento de Madrid



Y ¡claro es! Como estos pequeños detalles carecen de importancia y lo otro es lo interesante, unos y otros, empresarios, comediantes y autores, se lían a trompazos y se declaran la guerra sin cuartel.

¡Lógica pura!... ¡Aciertos que tienen los hombres!

Acaso también sea que, como no hay asuntos graves en qué pensar, se entretienen unos y otros en jugar a las peleas.

Y el público, mientras tanto, lleno de satisfacción y haciendo la jarrita en las taquillas, para pagar seis pesetas por una butaca, que en buena ley, y de hacerse las cosas como Dios manda, podría costar muy bien hasta sus dos pesetas cincuenta céntimos... Cosa que se lograría con tener sentido común y ponerse de acuerdo unos y otros...

Pero ¡que se creen ustedes eso!...

José L. MAYRAL

## TITIRIMUNDILLO

De nuevo el empresario Sr. Fraga amenaza con otro conflicto como el cierre de todos los teatros.

— ¡Pero ese hombre es una maza!  
— Sí, señor; la maza de Fraga.

En la Sociedad el Arte Culinario se ha dado una conferencia sobre «el esperanto».

Que es lo mismo que si en una sesión de la Academia de la Lengua se discutiera el modo de hacer salsa tártara.

«Plagas peligrosas.»  
¡Caramba!... Tratándose de plagas, todas lo son. ¿O ha visto usted alguna plaga beneficiosa?

Ni aun cuando se dice que «la obra estaba plagada de chistes».

Entre criadas.  
— ¿Qué tal tus nuevos señores, esos ingleses?

— Muy bien; es gente muy amable y muy fina. Hasta tocan la pianola. Ahora, que, como la tocan en inglés, no la entiendo.

Leemos:  
«Una ballena. Granada...»  
No seguimos leyendo del susto que nos ha entrado.  
¿Una ballena en Granada? Habrá ido por carretera. Si es así, el día menos pensado vemos aparecer otra por las Ventas.

La ópera rusa tiene forzosamente que tener mayor éxito ahora que en otra época del año.

Porque los rusos, como cantantes o como músicos, pueden no interesar; pero como abrigos tienen éxito seguro.

— Pues yo, en política internacional, soy francamente pesimista.

— ¿Por qué?

— Porque, la verdad, en eso del carbón de Alemania, lo veo todo negro.

— ¿Qué es eso, don Abundio? ¿Usted con la cabeza vendada?

— Consecuencias del mitin.

— ¿Se ha metido en política?...

— No; fué un mitin particular con mi señora, sobre si las mujeres tenían

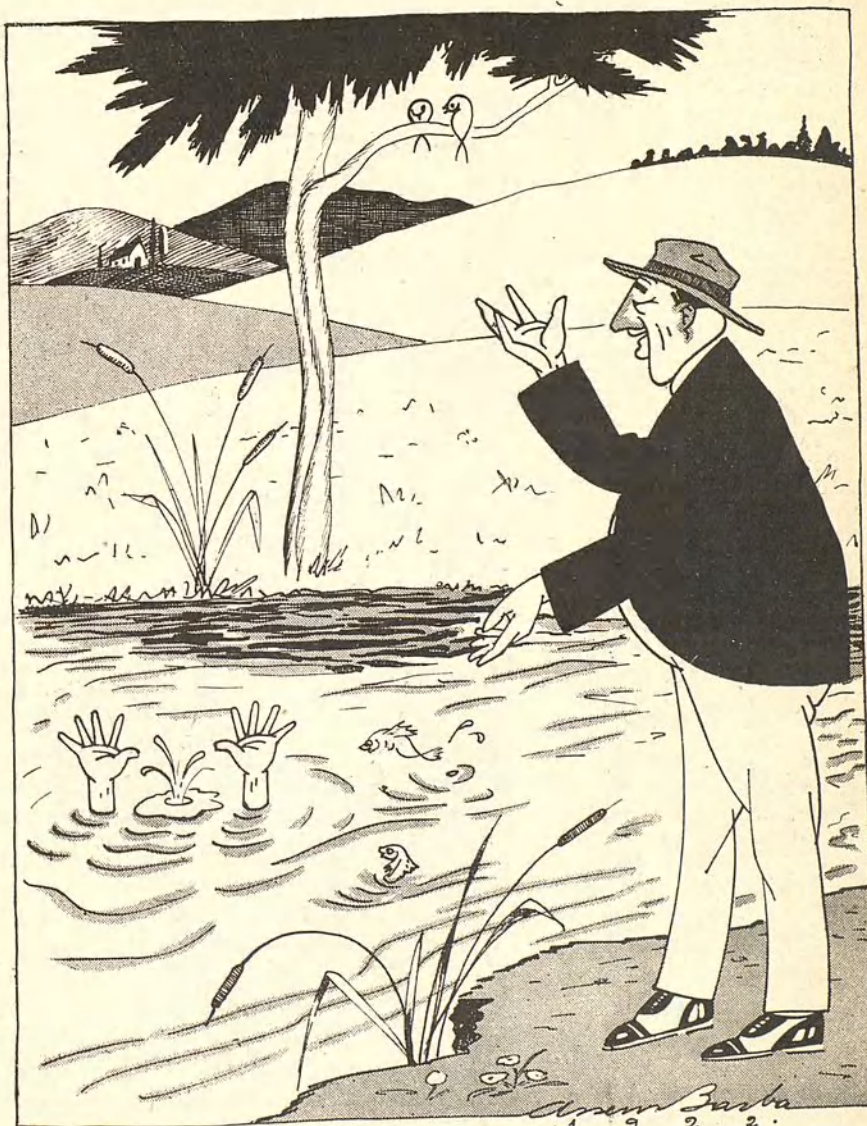
o no fuerza en la opinión; y resultó que, efectivamente, ella la tenía; pero en las muñecas.

El conde de Romanones se quejó del frío que hace en Madrid.

¡Quejarse del fresco! A ver si se ha sentido aludido algún compañero de Gabinete.

«El ministro del Trabajo tiene en estudio el modo de que haya casas baratas.»

¿Y no va a abandonar el Ministerio hasta que lo resuelva? Pues le vemos de ministro toda su vida.



Dib. ASSENS BARBA. — Barcelona.

— ¡Socorr..., glu..., glu..., glul... ¡Me ahog..., glu..., glu..., glul...  
— ¡Claro que se ahoga, tontol... ¡Saque la cabeza!



# LAS TRUCHAS DE DURONET

Duronet no cesaba de hablarles a sus compañeros de oficina de las excelencias de su casita en la Ciudad Lineal.

Un día le llamó el jefe a su despacho.

— Amigo Duronet — le dijo —, he oído que vive usted admirablemente en el campo.

Duronet encontró propicia la ocasión para vengarse del superior, despertando su envidia, y se dejó llevar de la fantasía.

— Sí; tengo una casa muy cómoda, árboles frutales, flores, gallinas y estanque con peces.

— ¡Hola! Sería usted feliz completamente si en ese estanque tuviera truchas.

El empleado no dudó un instante, y poniéndose serio dijo:

— Las tengo, y muy hermosas.

— ¡Ah! Que sea enhorabuena; se ve que vive usted bien, y para que vea el alto precio en que le tengo, le prometo una visita a su casa, aprovechando un domingo.

Duronet salió del despacho del jefe hinchado de satisfacción. Tantos años de aguantar pacientemente malas caras y tratos desagradables, quedaban vengados en un momento, con la pequeña satisfacción que se proporcionó ensalzando el vivir alegre y alimenticio que en su vida particular se llevaba.

Por la noche, cuando traspasó los umbrales de su jardín, estuvo tentado de cantar el *Oh paradiso!* de *La Africana*, y hasta pasó por su imaginación la idea de cambiar el título que sobre el frontis ostentaba la casa, y en vez de «Villa Emerenciana», delicada atención al patronímico de su costilla, poner «Villa me alegro de verte bueno».

Poco después departía con su mujer acerca de su conversación con el jefe:

— Sí, querida, en su rostro noté la envidia que le daba el saber que tenemos árboles frutales, gallinas y estanque.

— Pero ¿tú crees que vendrá?

— ¡Quién sabe! De todos modos, ya me avisará, y tendremos tiempo para preveniros.

Efectivamente, cierto día el jefe volvió a llamar a Duronet a su despacho:

— Si no tiene inconveniente, mañana iré a hacerle una visita.

— ¿Inconveniente? Es una honra. Almorzaré usted con nosotros.

— No; no quiero causar la más pequeña perturbación. Iré por la tarde. Veré los frutales, y, sobre todo, las truchas del estanque.

— ¿Las truchas?... ¡Ah, sí!...

— Amigo Duronet, hasta mañana.

La noticia fué comunicada a la familia, y ésta esperó emocionada la visita del jefe. Se limpiaron los paseos del jardín, se lavó la casa a las gallinas y se procuró, en general, que todo apareciese resplandeciente.

¡Bien trajinaron los Duronet hasta la hora en que calcularon que llegaría ya el jefe. De pronto, Duronet pegó un salto en la silla de mimbre en que se hallaba esperando la aparición de su superior.



LOS INGENUOS

Dib. K. RAY. — Madrid.

— ¿Qué va a ser?

— Doctor en Filosofía y Letras...

— ¡Ah! ¡Imbécil de mí! ¡Triple idiota! ¡Cien veces majadero!

— Vamos, Duronet — le dijo su mujer —, no exageres. ¿Qué pasa?

— ¡Las truchas!... Que, por darme pisto acuático, le dije al jefe que en el estanque tenía truchas, y seguramente viene decidido a verlas.

— Le decimos que se han muerto todas de una epidemia.

— No creará en tal casualidad, y mañana, en la oficina, voy a ser el blanco de todas las burlas. ¡Llama a la criada!

La doméstica compareció ante el atribulado Duronet.

— Mira, a escape, ¿entiendes?, a escape, te echas por toda la Ciudad Lineal a buscarme truchas, y las traes. Toma dinero; y si al volver ves que hay aquí un señor, procuras ocultarte, y sin que te vea las echas al estanque. ¿Has entendido?

— Sí, señor.

— Pues anda, vuela, y no compares hasta que vengas con las truchas. Y, ya sabes: al estanque.

Salió la criada, y en aquel momento ante «Villa Emerenciana» paró un tranvía y de él se apeó el jefe.

Pasadas las presentaciones y saludos llegó el momento de enseñar al visitante las excelencias del retiro campestre de Duronet. Ante todo mostró su admiración el jefe: «¡Qué perall, ¡qué guindo!, ¡qué calabazas!»

— Decididamente, amigo Duronet, vive usted en un paraíso inapreciable para los que no salimos de entre calles madrileñas. ¿Y el estanque? Aun no le he visto, con sus famosas truchas.

Una mirada de la señora de Duronet tranquilizó a éste. La criada había entrado ya de vuelta y desde la verja se había dirigido al estanque.

— Es por aquí, venga usted.

Llegaron frente al estanque, y el jefe se inclinó hacia él, levantando nuevamente la cabeza, en la que se reflejaba la sorpresa, mezclada con la indignación.

¡La criada había comprado truchas escabechadas, y éstas eran las que, descabezadas, nadaban sobre las aguas!

Duronet ha pedido el traslado a otra oficina.

A. R. BONNAT





Dib. KAÑO.

— Se me ha descosido la falda; ¿tienes un imperdible?  
— No, chica. Se me han perdido todos.



Dib. MELENDRETRAS.

GENEROSIDAD

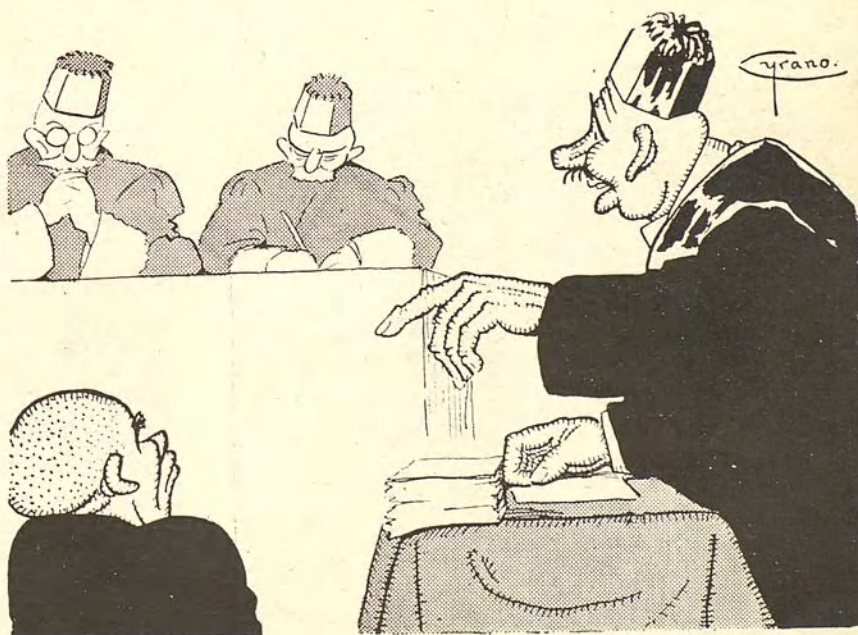
LA JOVEN (a la carabina). — Tome usted, madame; le regalo esta camisa, que le estará muy bien.



Dib. CUESTA.

COMPETENCIA

— No habrá usted visto, ni lo verá nunca, que yo me ponga en su sitio.



Dib. CYRANO.

EL DEFENSOR. — Este hombre, ciertamente, ha robado un gabán; pero fué un robo con las atenuantes de arrebató y obcecación. Mi defendido arrebató esa prenda obcecado en la idea de abrigarse gratis.



# HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

## RICHARD BOIX

Como el suizo Vallotton, como el polaco Giolkowski, Ricardo Boix es el señor *Black and White* que no precisa del color ni de los medios tonos para expresar lugares, tipos y pasiones. Como el inglés Beardsley y el italiano Martini, es el decadente burlón de los sentimientos y de las actitudes.

Nada, por tanto, en él de lo genuinamente yanqui, de lo que puede considerarse ya norteamericano puro después de la ebullición de razas productora de un hombre nuevo y distinto a sus progenitores.

Boix no es un dibujante yanqui en el sentido de plitud, de candoridad —sincera o hipócrita, no discutamos eso—, de «moralista para las familias», que suele ser el tono espiritual y la forma externa de los dibujantes refugiados en la *Life*, el *Puck* o la *Judge*.

Pero si hojeamos las otras revistas norteamericanas, la *Vanity*, la *Vogue*, donde la nieta del cow-boy y el snob cinegrafista parodian la elegancia sutil de Francia, ya Richard Boix nos parece algo yanqui, del yanquinismo extravagante y extrasutilizante.

Dejémosle mejor entre Martini y Beardsley.

Un Martini sin vigor filosófico, sin demasiada podredumbre civilizada.

Un Beardsley que hubiese conocido

la vida moderna y se hubiese liberado de los arabescos impertinentes y tenaces.

Boix queda así en el justo medio de sus influencias. Pervertido y perverti-

en los buenos tiempos de Hogarth o en los galantes de Moreau el joven.

Siempre figuras blancas sobre fondos negros dan la idea de una humanidad grotesca, que fuera de angulas inmaculadas sobre lagos de tinta. Diríase que Boix hace primero sus galanetes y sus damiselas con líneas rígidas, con alambres rectos, y después se divierte en curvarlos con los dedos y con la malicia. Se acoplan las parejas en ritmos ondulares y simultáneos. Son festones de espuma, serpentinas de magnesio, que la mano del diablo lanza sobre los cielos nocturnos; polichinelas de caucho derretido, que quisieran cuajarse en porcelanas danesas.

Intriguillas de comedietas para corazoncitos de gorrión con pretensiones de canario, estas escenas de amor o de amorio que Boix prefiere sobre todos los restantes motivos de los demás dibujantes, no pasan de la epidermis ni del bosquejo que se disimula paladeando bombones.

Ni siquiera desmoralizan. El señor *Black and White*, que conoce desde los vasos griegos, las estampas japonesas y las xilografías ochocentistas su parentesco técnico e ideológico, se conforma con hacer sonreír o con excitar los escandalitos a flor de labio entre su público de sorbedores de cocaína y eruptadores de éter.

Los personajes de Boix parecen estar absortos en lo que hacen, y, sin embar-



LA PICARDÍA

dor. Complicado, y, sin embargo, transparente de intención.

Sus temas parecen ser exaltaciones de lo que ya está ébrio de exaltación sin transcendencia: *cabarets*, *music-halls*, «matrimonios a la moda», como se decía



APASIONADAMENTE

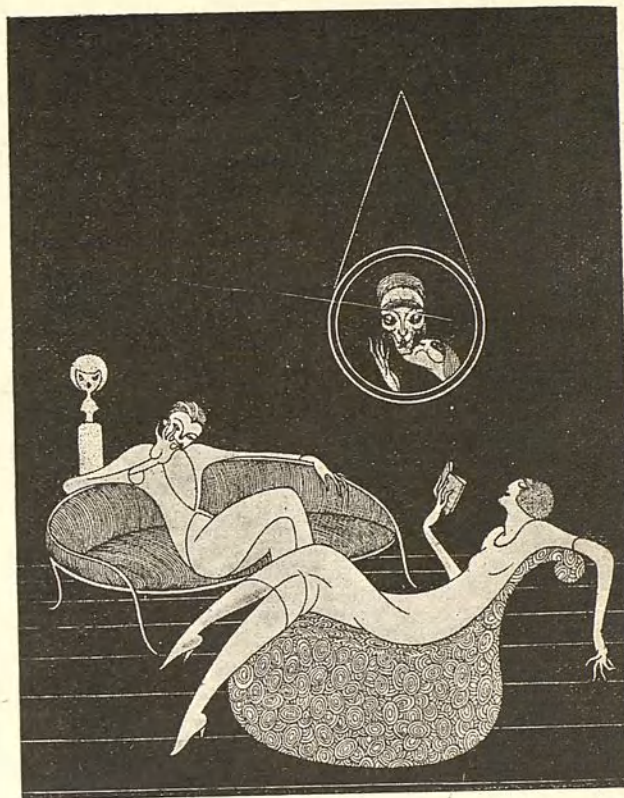


GRECIA A TRAVÉS DE UN «JAZZ-BAND»





NO HACE CASO A SU MUJER



SU AMANTE NO LE HACE CASO

go, posan para la galería. En esa ciudad insoportable de arrivismo y de pedantería vocinglera que se llama *Los Angeles*, infestada por los peliculeros, ha debido encontrar Boix sus tipos favoritos: el mozalbete más allá de los treinta años, inverosímilmente delgado; la casadita, dengosa como una cocota constipada de literatura; la cocota que juega a los divorcios; el danzarín de paganiás clásicas sobre las cacerolas y los disparos del *jazz-band*; la actriz «muy siglo XXI», que se disipa entre plumas, encajes y decorados expresionistas.



Claro es que, entre la ñoñería de los dibujantes aburguesados, aduladores de una sensiblería melodramática que no sienten o de un panglosismo a base del sacrificio ajeno, que suelen ser las dos orientaciones del arte y la literatura preferidas por varios millones de yanquis, y esta ficción galante de picardías bien vestidas que realiza Richard Boix, nos quedamos con lo último.

Al fin y al cabo, Richard Boix es un artista y un flagelador de ciertas costumbres de su época, cualidades indispensables ambas para el humorista moderno. Esos caballeretes con trazas de reblandecimiento medular, esas mu-

jercitas afectadas, artificiosas, que ondulan como el alma impalpable del vals o la epilepsia estúpida del *shimmy*, nos prestan un servicio inapreciable. Ratificarnos en la simpatía a todo lo contrario de lo que ellos simbolizan.

En el arte y en la vida. Al otro lado de los personajes de Boix, de los dibujos de Boix, están abiertos innumerables senderos estéticos, donde será más duro o más suave caminar; pero donde nos sentimos íntegramente hombres, y donde el alma humana no hace morisquetas de niña bitonga, que no ha digerido *La Garçonne*.

José FRANCÉS

## DIVULGACIONES PINTORESCAS

### Los grandes inventos

#### EL FONÓGRAFO

Indiscutiblemente, Edison es el hombre que «más ha dado que hablar en este mundo». Y no decimos que en el otro, porque ignoramos si en la mansión de los justos se cantarán los coros célicos a *disco* limpio, cosa que no nos extrañaría.

Lo indudable es que Tomás Alba Edison es un cerebro. Ahí le tienen ustedes — ahí al lado, en Norteamérica —, con

sus setenta y seis años y con la misma frescura cerebral que Muñoz Seca.

Así, de pasada, hemos dicho que Edison se apellida Alba. Exacto. Aquí somos muy pocos los que lo sabemos, porque las tenebrosas maniobras de los mauristas lo han ocultado cuidadosamente para restar gloria a D. Santiago, nuestro liberalísimo ministro de Estado. Pero ello es exacto. Edison se apellida Alba. A nosotros nos daría igual que se apellidase Tomás, Colón Cardany Edison. Hasta nos parecería más norteamericano; pero como se llama Tomás Alba Edison, no podemos hacer sino resignarnos.

Tomás Alba Edison es el genio del siglo XIX y de lo que va del XX.

Un ropavejero de la Quinta Avenida, que vino a España pensionado por la S. T. U. S. (Society Traperys United States) para estudiar el secreto de la maravillosa duración de los trajes de Carracido — ¡vamos a dejar en paz a Weyler! —, nos contó algunos detalles de la vida de Tomás Alba Edison.

El genial inventor vive en una villa que es una *maraidem*. Allí se llega, se oprime un timbre y se abre automáticamente la puerta; una voz levemente gangosa os interroga: «¿Qué desea usted?», en correctísimo norteamericano.



«Tal o cual cosa», respondéis. Si la pretensión no es del agrado del inventor, la puerta se cierra con una delicadeza eléctrica que pone en peligro vuestras narices. Pero si vuestro deseo es propicio a Tomás, la misma voz responde: «Pase usted.» Avanzáis, siempre guiados por la voz, que os va diciendo indistintamente: «Tire usted por la derecha; al llegar a aquel saloncito, tire usted por la izquierda; al cruzar aquel pasillo, tire usted... el cigarro, porque hay dinamita. Deténgase. Gire. Salude. Está usted en presencia de Tomás.»

Y así, certera y mágicamente guiados, llegáis frente a frente del inventor. ¡Mucho cuidado, entonces! Sobre todo si sois cardíacos, porque, a lo mejor, veis una cosa que parece una silla, tratáis de sentaros, y os encontráis lanzados al

techo, donde unos resortes invisibles os hacen danzar de muro a muro durante seis minutos; vuestro cuerpo, del que se van apoderando unas palancas misteriosas, rebotará — siempre de pared a pared —, hasta dejaros en la puerta de la calle. Es una cosa de película. Y es además la única distracción del septuagenario inventor del fonógrafo.

Nosotros conocemos algo de su vida, por confidencias de un ama de llaves eléctrica, que despidió el sabio porque no le sabía llevar la corriente.

Sabemos, por ejemplo, que Tomás se levanta con el alba... y con el Edison. Desayuna. Lee el *Dayly que Dayly Telegraph* y el *BUEN HUMOR (The Good Humour)*. Una señorita americana le presenta un gran estuche cuajado de botones. Tomás oprime uno de los boto-

nes de la americana, y aparece en el aire un puro, que avanza, como un minúsculo dirigible, hasta posarse en sus labios. Otro botón, y la llama. La señorita inicia el mutis..., y la llama también.

— Veamos, Fanny. ¿Qué te parece que inventemos hoy?

En ese *inventemos* palpita toda la generosidad de Tomás. El que inventa es él. Pero dice *inventemos* por grandeza de espíritu... y por tener a quien echarle la culpa, si le sale mal.

— ¿Qué inventamos hoy, Fanny? — repite.

— No sé, señor, la verdad. Hemos inventado ya tanto...

— Cierito. Pero siempre falta algo... Recuerda.

— No acierto... Lo último fué el vaporizador automático para recibir al casero.

— ¡No me lo recuerdes! No sé quién habrá llevado la noticia a España, y sólo de Madrid me han pedido dos millones y medio... Otra cosa, otra cosa...

— No sé...

— Veamos... ¿No necesitas nada? ¿No falta nada en la casa? ¿Puedo evitarte algo que te sea penoso o molesto?

— Lo único que me molesta es escribir la cuenta de la compra...

— Ahí no puedo hacer nada. Yo inventaría ahora mismo la imprenta, si no se me hubiese adelantado Gutenberg...

— ¡Ah, señor! Ahora que caigo... Podemos inventar una cosa...

— ¿El qué?

— Veréis. Llevo varias noches desasosegada, inquieta, insomne; me revuelvo intranquila y suspirante en el lecho...

— Te advierto, Fanny — truena el sabio —, que si quieres que te invente un novio, ¡te lo va a inventar tu padre!

— No, señor, no es eso. Lo que me ocurre obedece a que desde mi alcoba se perciben todos los ruidos de la noche: los *claxon's* de los autos, las sirenas de los vapores, las campanas de los tranvías...; ¿no podríamos inventar algo para apagar los ruidos?

— Lo más fácil parece cerrar la puerta y poner burlete en las ventanas; pero eso es poco...; espera...; espera... Esta casa...; sí...; esta casa, ¿forma manzana? No...; está aislada... No forma manzana...; espera... espera... ¡Ya!... ¡Yall!

Y el mago moderno pega un bote, se encierra en su laboratorio, y resorte por aquí, palanca por allá, comienza a soltar más ondas que un chulo de 1905... A los pocos minutos la villa está rodeada de una invisible coraza de ondas eléctricas que la envuelve en un silencio de tumba... Fanny está complacida. No oirá ni un ruido por las noches...; pero seguirá removiéndose en el lecho...

En uno de estos ratos de inspiración, inventó Tomás el fonógrafo. Del fonógrafo hemos pasado al gramófono.

Y, con permiso de ustedes, vamos a variar de disco...



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¡Qué color más saludable el tuyo, Pipol! No puedes negar que las vacaciones las has pasado en el monte.

— ¡Ca, chica! Tú me confundes con el traje.

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



# AGENCIA EXPRES

— ¿El señor director de la Agencia?  
— Servidor de usted. ¿Qué desea?  
— He leído en un periódico de la mañana el anuncio de ustedes, y confieso que me ha llamado extraordinariamente la atención. ¿En qué consisten esos viajes fantásticos circulares que ofrecen al público en tan económicas condiciones?

— ¡Ah!... Es una invención mía.  
— Y esos viajes, ¿son, en realidad, tan económicos?

— De una economía insuperable: diez duros *tout compris*.

— ¿Eh? ..

— Comienzo por advertirle, caballero, que estos viajes sólo convienen a las personas que no cuentan con medios para viajar.

— No comprendo...

— Verbigracia: ¿usted trata de postinear ante sus amigos y conocidos anunciándoles que va a recorrer toda España y quizás buena parte de Europa?... Pues no tiene más que ponerse de acuerdo conmigo, y de tal manera arreglo yo la cosa, que a los ojos de sus relaciones parecerá que, efectivamente, ha hecho usted el viaje, aunque, en realidad, no se ha movido usted de su domicilio.

— Y ¿qué adelanto yo con eso?

— Una barbaridad de cosas. No necesita mundos ni maletas; no tiene que moverse de casa; no se expone a los incontables peligros que andando sólo por el mundo es forzoso arrostrar; se evita usted un considerable desembolso, y tiene la gran satisfacción de engañar a los amigos, haciéndoles creer que ha recorrido la mitad de nuestro planeta...

— ¡Pero que muy bien! Eso es precisamente lo que yo quería. Explíqueme que es lo que tengo que hacer.

— Empecemos por el principio. ¿Cuánto tiempo quiere usted que dure su viaje fantástico?

— Un mes...

— Pongamos mes y medio.

— Bueno.

— Durante esos cuarenta y cinco días, usted se encierra en su casa y no se dejará ver por nadie. Previamente, se habrá usted despedido de todos sus amigos, diciéndoles que va a... ¿Adónde quiere usted que le envíe de primera intención?

— Adonde a usted le parezca... Con tal que sea un lugar bonito, muy pintoresco y que *vista*... Sobre todo, que *vista*...

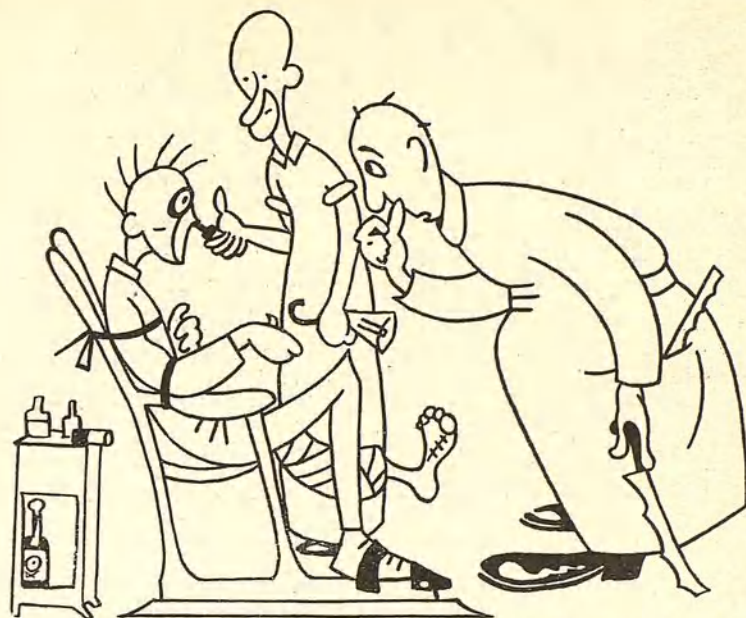
— Habría entonces que enviarle a *El Aguila*...

— ¿Cómo dice?

— Nada; cosas mías. Como introducción, le encaminaré al Cantábrico. Allí figurará que se pasea usted por San Juan de Luz, por Biárritz... Luego se irá usted a Arcachón, y de allí a Trouville, a Normandía... ¿Le parece bien?

— ¡Ya lo creo! Yo, entretanto, encerrado en casa.

— ¡Clarol! Usted me dará las direcciones de siete u ocho de sus más ínti-



OPERANDO A UN LOCO

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

EL MÉDICO (después de haberle dado cloroformo varias veces). — ¡Pero este hombre no pierde el conocimiento!...

EL AYUDANTE. — ¡Cómo quiere usted que lo pierda, si nunca lo ha tenido!...

mos amigos de Madrid, y éstos, de cuando en cuando, recibirán postales firmadas por usted y fechadas en las poblaciones que se supone que usted está recorriendo. La *Agencia Exprés* tiene representantes en cada localidad que se encargan de desempeñar esta misión con una escrupulosa exactitud.

— ¡Admirable, hombre, admirable! Y después, ¿para dónde me facturará?

— A Italia. Recorrerá usted la península de los Apeninos, de punta a rabo.

— Y ¿otra vez a casa?

— ¡Cal! Quiero que visite usted los coquetones pueblecillos de la Costa Azul: San Remo, Menton, Cannes, Frejus...

— ¡Duro, duro! ¡Por mil!...

— Una vez recorrido cuanto llevo enumerado, volverá usted a su casa, de donde no se habrá movido, y el contrato queda terminado.

— Y, entonces, yo me largo a la calle para contar cuanto *he visto*.

— Sí; pero aun falta un detalle. La *Agencia Exprés* enviará a su domicilio un dependiente, que se cuidará de dar a su cara y a sus manos ese color especial que tienen los viajeros que regresan de una larga excursión.

— ¡Soberbia ideal! Ya pueden dudar los amigos de la exactitud de mi viaje.

— ¡Ni soñar! En último caso, puede usted mostrar testigos.

— ¿Quiénes?

— Los que le proporcionará la *Agencia*, que por las cincuenta pesetas convenidas responde de todo.

— ¡Suficiente!... Apúnteme.

VICENTE VEGA

## JUAN LANAS

(EL SUEÑO DE UN MARIDO)

Ocho meses llevaba casado con aquella mujer, tan hermosa como arpía, y cuenta que difícilmente hubiérase podido hallar otra más hermosa. Ocho meses que, mejor que de matrimonio, podrían llamarse de infierno, y creo que nunca se haya empleado con más propiedad esta palabra.

Caprichosa hasta dejárselo de sobra, era Consuelo de esas mujeres que jamás encuentran la satisfacción de sus caprichos en nada de lo que sus maridos pueden proporcionarles.

¡Pobre Juan Lanas! ¡Pobre de mil... ¿Paz? Nunca la hubo en mi casa, porque, a pesar de que yo habíame impuesto la penitencia de decir «amén» a cuanto oía de boca mi mujer, de aquella falsa mujer que tantos juramentos de amor me hiciera en días más venturosos, ella siempre creía tener motivos para injuriarme, y no en verdad con las mejores palabras del diccionario castellano...

Pero «he aquí — pensaba yo — la cruz que el Señor ha tenido a bien darme para ganar la gloria eterna». Y este pensamiento me hacía vivir feliz en medio de mi desventura.

Habíame quedado profundamente dormido, y mi imaginación vagaba por mundos completamente desconocidos para mí hasta entonces.

Mi figura, como la de cuantos me acompañaban en aquel viaje, había



cambiado en un todo. No era la de un hombre y menos la de un cuadrúpedo: consistía en «una especie de envoltorio» blanco, muy blanco, salpicado a trechos por manchas de diferentes tamaños; algo como un copo de nieve manchado del fango de la tierra, y pase la comparación...

Eramos almas cuyos cuerpos habíanse quedado en este pícaro mundo, mientras nosotras, ¡pobrecitas!, teníamos que comparecer ante la presencia del Supremo Juez, quien, después de juzgados nuestros actos, daríanos a cada una nuestro destino.

\*\*\*

Llegó el momento solemne, y, luego de un minucioso examen llevado a cabo por un señor de luengas barbas blancas y aspecto venerable, oí una voz, la del Padre Eterno, que, dirigiéndose a mi alma, decía:

— Tú, al Limbo...

¡Desdichado de mí! ¡Al Limbo yo, que con tanta resignación llevara en vida la cruz, creyendo hacerme merecedor de la gloriol!...

En seguida, otra voz atiplada, y que por cierto érame muy conocida, me dijo: — ¡Juan Lanas habías de ser!... ¿Te convences de cómo en todas partes te toman por un primo?...

Era mi mujer que aquella mañana me daba los «buenos días» riñéndome, como de costumbre, porque la noche anterior le había entregado una peseta falsa que me dieron con la vuelta de un duro en la tienda de comestibles de la esquina.

F. GONZALEZ-RIGABERT



— ¿No es verdad, señorita, que bailo muy bien?  
— Usted tiene condiciones para bailar bien; sólo le falta levantar el pie izquierdo a tiempo.

(De Life, de Nueva York.)

## DEL BUEN HUMOR AJENO EL VENTRÍLOCUO CE- LOSO, por Cami

### CUADRO PRIMERO

(La escena representa una habitación en casa del ventrílocuo.)

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Ésta es la mujer con la que me acabo de casar. Es sordomuda de nacimiento.

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA. — ¿Sordomuda?

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — La he preferido así a causa de mis celos. Siendo sordomuda, no podrá oír proposiciones galantes, ni tampoco responderlas.

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA. — Buena idea.

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Para mayor seguridad, no dejo que entre en casa ningún hombre. Usted es una excepción. Gracias a su proverbial dejadez, es usted para mí un verdadero amigo de toda confianza.

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA (emocionado). — La mujer de un amigo es sagrada para mí. Y diga, ¿no se aburre usted viviendo con una mujer que no habla?

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Habla cuando quiero.

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA. — ¿Habla?...

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Sí. ¿No soy ventrílocuo y hago hablar a mis muñecos en el teatro?

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA. — Sí.

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Pues me sirvo del mismo procedimiento para con-



LAS CONFERENCIAS DEL DESARME

EL DIOS MARTE. — ¿Estaré en casa del cirujano, o en la de la manicura, simplemente?...

(De MENAÏN, en The George Matthew Adams Service, de Nueva York.)

versar con mi mujer. Yo hablo con mi voz natural...

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA (comprendiendo). — Y con la voz de ventrílocuo hace usted responder a su esposa, ¿no?... ¡Estupendo!

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Eso es. Y crea usted que nos entendemos muy bien; jamás hemos tenido una discusión. Ahora se convencerá. (A su mujer.) ¿Me quieres mucho, riquita mía?

LA ESPOSA SORDOMUDA (voz del ventrílocuo). — ¡Te quiero hasta más allá de la muerte!

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA. — La ilusión es perfecta. Se diría que es su mujer quien habla. Ha dado usted con el secreto de la felicidad conyugal.

EL PORTERO PUDIBUNDO (entrando). — Señor ventrílocuo, de parte del casero, que busque usted casa en el plazo de quince días.

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — ¿Por qué me despide?

EL PORTERO PUDIBUNDO. — Porque todas las noches su mujer dice a gritos frases inmorales que ofenden el pudor de los vecinos. Buenas tardes. (Sale.)

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA. — ¿Qué es eso?

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — ¡Bah! Nada. Una tontería. Todas las noches, por un estúpido amor propio, me gusta dar con mi voz de ventrílocuo grandes y voluptuosos gritos que parecen salir de la garganta de mi mujer. Así se satisface mi orgullo de hombre.

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA. — Se hace tarde. Me veo obligado a despedirme.



EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Le acompaño. (A su esposa.) Me marchó, querida. Hasta luego.

LA ESPOSA SORDOMUDA (voz del ventrílocuo). — ¡Vuelve pronto, ídolo mío!... ¡Tengo sed de tus besos y hambre de tus abrazos, mi esposo, mi amor, mi alma!

EL AMIGO DE TODA CONFIANZA (convencido). — En esta casa reina la felicidad más completa.

### CUADRO SEGUNDO

(La escena representa la escalera de la casa del ventrílocuo.)

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Vengo de acompañar a mi amigo de toda confianza. ¡Cielos!... ¿Qué oigo?... ¡Ruido de besos en el interior de mi piso!... Miremos por el ojo de la cerradura. ¡Caracoles!... ¿Qué veo?... ¡Anselmo, el primo sordomudo de mi mujer, en conversación criminal con ella! ¡He debido caer en la cuenta de que los sordomudos se entienden por señas! Me es imposible ver más tiempo esta horrible mimica. Forcemos la puerta y castigemos a estos míseros culpables! (Fuerza la puerta y entra en el piso.) ¡Mujer adúltera, vas a morir!... (Saca el revólver de su bolsillo.) ¡Ah, se me olvidaba!... Una mujer, hasta cuando se la sorprende en flagrante delito, proclama siempre su

inocencia. Con mi voz de ventrílocuo voy a darla esta alegría suprema.

LA ESPOSA SORDOMUDA (voz del ventrílocuo). — ¡Te juro que soy inocente!

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — ¡Muere, impúdica mentirosa! (Dispara.) Y ahora, vamos a entendernos con Anselmo, el sordomudo. (Le apunta.) No; no dispararemos. Acabo de tener una idea. Me voy a vengar más afrentosamente. Encerramos al amante de mi mujer y corramos en busca del comisario.

### CUADRO TERCERO

(La escena representa una habitación en casa del ventrílocuo.)

EL VENTRÍLOCUO CELOSO. — Señor comisario, mi mujer acaba de ser asesinada. (Señalando a Anselmo.) ¡Este es el asesino!

EL COMISARIO. — Ya oye usted la acusación. ¿Qué tiene usted que responder?

EL VENTRÍLOCUO CELOSO (aparte). — ¡Ahora viene mi venganza! Anselmo es sordomudo, y no puede responder; pero con mi voz de ventrílocuo voy a contestar para perderle.

ANSELMO EL SORDOMUDO (voz del ventrílocuo). — Es verdad. ¡Se me resistía, y la maté!

(El comisario prende a Anselmo, y cae el telón.)

A. G.

A. L.

## ¡USTED ES TONTA!

No me cabe ninguna duda. ¡Usted es tonta! Para llegar a esta desoladora conclusión, mire usted en qué se funda doña Lógica:

Usted ama al joven y simpático Alminar de la Mezquita, vizconde de la Perra Gruesa, y sufre en silencio sus desvíos altaneros.

Usted llora su desgracia, pensando, suspirante, en el lobanillo que adorna, purulento, la vizcondesa faz.

Usted muere añorando las zambas piernas y la redonda cabezota, ¡oh paradoja!, de Alminar.

Usted pena, usted suspira, usted solloza, usted fallece por la nariz ciranésca, las patitas prolongadas, los ojillos torcidos y la enorme sima bucal del pelirojo Mezquita.

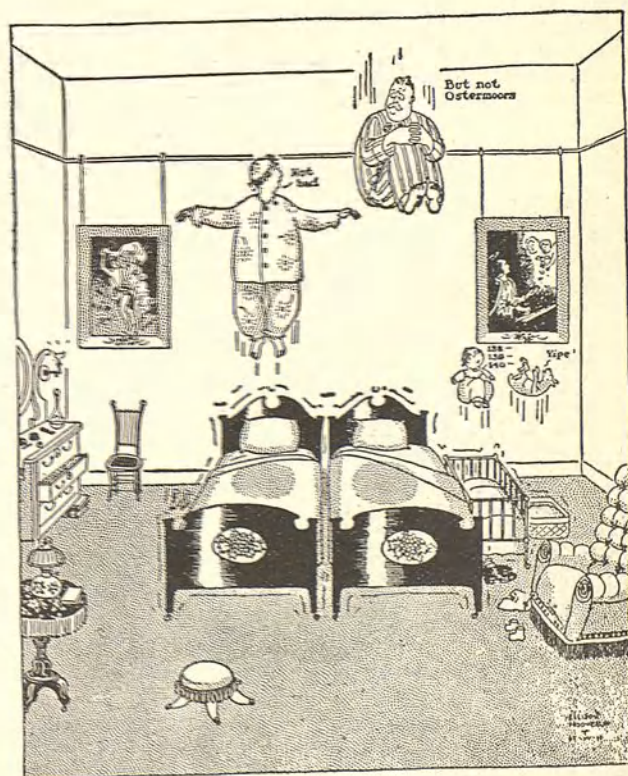
Y, en cambio, usted no procura atraerle, enamorarle, con el perfume que presaría a su boquita gitábana el maravilloso elixir dentífrico Sanolan.

¡¡Usted es tonta!...



— Déme usted el de tres francos veinticinco. Está bien. ¡Como es para el campol...

(De CHANCEL, en Le Rire, de Paris.)



La familia Ostermoors ensaya sus nuevos colchones.

(De HOOVERS, en Life, de Nueva York.)



## Concurso de pasatiempos del mes de diciembre

Soluciones a los pasatiempos publicados durante el mes de diciembre:

1. Asaltar. — 2. Mercedes Pérez de Vargas. — 3. Martinete. — 4. Organo. — 5. Entusiasmar. — 6. Langosta. — 7. Mortero. — 8. El último bravo. — 9. Corpulento. — 10. Cobaleda. — 11. Enterocolitis. — 12. Triánón. — 13. El rayo verde. — 14. Don Alvaro, o la fuerza del sino. — 15. Azotea. — 16. Piamonte. — 17. Nantes. — 18. Novillo. — 19. Rapé. — 20. Dábele arroz a la zorra el abad. — 21. Sinai. — 22. Marmota. — 23. Cocodrilo. — 24. Jorobado. — 25. En la tierra de los ciegos todos los gatos son pardos. — 26. El buey suelto tiene cien años de perdón. — 27. Juan de la Cierva y Peñafiel. — 28. Al asno muerto, las costuras le hacen llagas. — 29. Tripa llena, quita vino y no da pan.

Examinadas las trece mil cuarenta y cinco soluciones recibidas, hemos separado como exactas las setenta y una que firman los pierdetiempistas relacionados a continuación, haciendo constar nuestro alborozo al observar que la calabaza criptográfica no ha tenido ningún solucionista murciano:

1. María Teresa de Otaduy. Portugal. — 2. Luis Eguía. Madrid. — 3. Francisco Barbarroja. Martín de los Heros, 81, Madrid. — 4. Rafael García Sánchez. Lugo. — 5. Tomás de la Torre. Madrid. — 6. Conchita Lorenzo. Madrid. — 7. Jesús Alonso. Burgos. — 8. Mariano P. López. San Andrés, 18, Madrid. — 9. F. Bleu. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 10. Pilarín Adame. Madrid. — 11. María Teresa Adame. Madrid. — 12. L. B. Prendes. Serrano, 25, Madrid. — 13. Julio Fernández Coto. Lavapiés, 27, Madrid. — 14. Angel Aldeanueva. Amnistía, 1, Madrid. — 15. José García de la Sota. Portugalete. — 16. Guillermo María Miller. Lagasca, 18, Madrid. — 17. Ramón Suárez. La Coruña. — 18. Enrique Aparicio. Princesa, 6, Madrid. — 19. Dolores Alonso. Travesía de Altamira, 4, Madrid. — 20. Pedro de Miguel

## JOVEN Regale usted a su novia 99 couplets de éxito por 2,50 pesetas Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano*, *El sacrificio*, *La falda corta*, *La Ciríaca*, *La suerte de Margot*, *Mi rayito de sol*, *Así la vi pasar*, *El castillo de Quirós*, *Canto arriero*, *Mi hombre*, *Amor japonés*, *Versallesca* y *Soldado español*.

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

de Nicoláu. San Bartolomé, 27, Madrid. — 21. Carlos Sánchez Ocaña. Almirante, 25, Madrid. — 22. Concha Rodríguez. Santander. — 23. A. J. Aguado. Madrid. — 24. Enriqueta Almazán. General Marina, 21, Melilla. — 25. Rafael Arizcún Moreno. Zurbano, 20, Madrid. — 26. Luis Gómez Méndez. Luisa Fernanda, 15, Madrid. — 27. Santos Varela. Bilbao. — 28. José Gómez Trelles. Colegiata, 11, Madrid. — 29. Ventura Vizcaino. López de Hoyos, 84, Madrid. — 30. Carmen Martín. Hermosilla, 11, Madrid. — 31. Lorenzo Arenas. San Bernardo, 48, Madrid. — 32. Fernando Pineda. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 33. Rafael Gómez. Sandoval, 23, Madrid. — 34. Manuel Ocón. Gran Vía, 33, Bilbao. — 35. Juan Garmendía. Portugalete. — 36. Manuel

Sus gustos son refinados.  
No hay placer del que se prive.  
Por eso, si se acatarra,  
toma el Jarabe de Orive.

Ferrándiz. Ateneo de Madrid. — 37. Clemente Rodríguez. Pizarro, 22, Madrid. — 38. Juan González Palomino. San Lorenzo, 3, Madrid. — 39. José Castañeda. Ateneo de Madrid. — 40. Daniel de la Puente. San Andrés, 18 duplicado, Madrid. — 41. Carlos Collado Aguirre. Ferraz, 61, Madrid. — 42. Fernando Gutiérrez. Mediodía Grande, 9, Madrid. — 43. Rafael Iparraguirre. General Castaños, 17, Madrid. — 44. Félix Arias Besada. Blasco de Garay, 67, Madrid. — 45. Manuel Hervás. Fernández de la Hoz, 50, Madrid. — 46. Magdalena Yaza. Sandoval, 23, Madrid. — 47. Maximiliano González. (Este pierdetiempista no indica domicilio. ¡Suponemos que no vivirá en la cárcel!). — 48. Rafael Sáez Belmar. Calatrava, 22, Madrid. — 49. Manuel Arias. Arrieta, 11, Madrid. — 50. Celedonio García Brieua. Nador. — 51. Emilio Álvarez Alzaga. Factor, 16, Madrid. — 52. Julio Díez. Burgos. — 53. Francisco González. Comandancia militar de Río Martín (Marruecos). — 54. Jacobo Guijarro. Serrano, 50, Madrid. — 55. P. S. Castellanos. Juan de Herrera, 5, Madrid. — 56. M. Fernández. Marqués del Duero, 3, Madrid. — 57. Alvaro G. Pintado. Velázquez, 24, Madrid. — 58. M. A. Martos. Marqués del Duero, 3, Madrid. — 59. María Luisa Martínez. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 60. José María de Soroa. Conde de Xiqueña, 8, Madrid. — 61. Constante M. de Mendiluce y Peciña. Espronceda, 4, Madrid. — 62. Alberto Peyrona. Serrano, 36, Madrid. — 63. Adelita Peyrona. Serrano, 36, Madrid. — 64. María del Carmen Martín. Portugalete. — 65. Luis Rodríguez. La Coruña. — 66. Luis González Alegria. Portugalete. — 67. J. Rodríguez Ortiz. Portugalete. — 68. Augusto García de la Sota. Muriedas (Santander). — 69. Javier Mendiguchía. Los Madrazo, 18, Madrid. — 70. Antonio Izquierdo Tamayo. Quintana, 25, Madrid. — 71. Manuel Ramírez Yáñez. Antonio Acuña, 9, Madrid.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Ángel, 5), a las seis de la tarde del día 23 del actual.

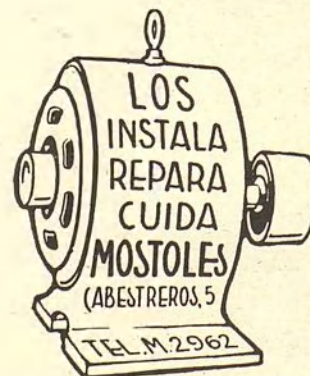
GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Acabamos de poner a la venta en nuestra Administración las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR, al precio de TRES PSETAS cada una.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE  
VIUDA DE CELESTINO SOLANO  
Primera marca mundial. LOGROÑO





# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

### PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID  
APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

**Loción Belleza** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

**Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



## CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)

(Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

**TINTURAS WINTER** marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**Polvos Belleza** Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

## DE VENTA

en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.

FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).



# BUEN HUMOR

40<sup>ts.</sup>



• GALINDO •

Dib. GALINDO.—Madrid.

—Don Lope, prestadme cinco ducados u os parto el corazón de una estocada.  
—¡Pardiez! ¡Me amenazáis con dos *sablazos*!...